

Layboratorio

Informe de coyuntura laboral

Año 4 • Número 8 • Verano 2002

ESCENARIO LABORAL-I: Notas de investigación de profesores de la Universidad de Buenos Aires sobre: “La crisis económica actual: alcances y perspectivas sobre el mundo del trabajo” • Los silencios sociales de la economía • La crisis económica y sus efectos sobre el mundo del trabajo • Desocupacion y disolucion social: notas sobre el alcance de una crisis histórica • Argentina: Un orden fragmentado y en crisis alejado del equilibrio... y qué hacer con el sin trabajo ***ESCENARIO LABORAL- II: • Dinámica del empleo urbano. Octubre de 2000 – octubre de 2001. • Las trayectorias del desempleo***



Autoridades

Facultad de Ciencias Sociales

Decano

Fortunato Mallimaci

Vicedecano

Norberto Alayon

Secretario Académico

Norberto Corsaro

Subsecretario de Cultura y Extensión

Lic. Víctor Haudín

Subsecretarios de Gestión Institucional

Lic. Christian Gribaudo y Lic. Gustavo Vera

Secretaria de Investigación

Lic. Elsa López

Secretario de Hacienda

Lic. Bernardino Gurman

Secretaria de Posgrado

Lic. Julieta Oddone

Director del Instituto de Investigaciones Gino Germani

Pedro Krotch

Presentación

El Informe de Coyuntura Laboral Lavboratorio es una publicación trimestral de la Facultad de Ciencias Sociales y del SIMEL Región Buenos Aires (Sistema de Información sobre el Mercado Laboral), realizada por la Cátedra de Investigación "Cambio Estructural y Desigualdad Social" con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Su producción es posible gracias al trabajo de profesores, becarios, docentes, graduados y estudiantes, en el marco de los Proyectos UBACyT SO77 y UBACyT E026.

Staff

Director del Proyecto:

Agustín Salvia

Editor Responsable:

Ernesto Philipp

Editores:

Eduardo Donza
Silvana Tissera

Colaboradores:

Horacio Chitarroni

ISSN: 1515-6370

Colaboraciones y Comentarios:

Informe Lavboratorio, Instituto de Investigaciones Gino Germani,
Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
Uruburu 950 6º piso, Cdad. de Buenos Aires (1114)
e-mail: lavbor@mail.fsoc.uba.ar

Diseño y diagramación:

Iván Gajardo Millas
E-mail: igajardo@movi.com.ar - TE: 4631-4816



Universidad de Buenos Aires

Facultad de Ciencias Sociales

SIMEL, Región Buenos Aires

Carrera de Sociología

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Esta publicación está disponible en la Red Internet en
URL: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/sociologia/salvia/index.htm>

Palabras del Decano electo

La Argentina llegó el 20 de diciembre pasado al final de un tiempo histórico. Nada podrá ser igual de aquí en más. No resultan nuevos los factores que hoy nos asombran. Por el contrario, su explosión era una realidad anunciada que muy pocos pudieron sin embargo explicar y comprender cabalmente una vez producida. Todos queremos entender los acontecimientos que vivimos y saber hacia dónde vamos. Desde ya que no es fácil examinar un tiempo que vivimos y en el que nos vemos tan comprometidos. Sin embargo, las ciencias sociales tienen una responsabilidad en este sentido, y no pueden mirar hacia otro lado. Debemos realizar los máximos esfuerzos de análisis teórico y estudio empírico que nos permitan echar alguna luz sobre los acontecimientos del presente. No cabe duda de que la crisis económica, la crisis política y la crisis social no son una novedad. Todos los estudios científicos conocidos y hasta el más elemental sentido común nos permiten hablar de que tales crisis son públicas y explícitas desde hace ya bastante tiempo y de que su origen es todavía más remoto. Lo mismo, respecto de las protestas sociales. Los trabajos nuestros y de colegas revelan un nivel creciente de protestas en la Argentina (en cantidad, primero, en fuerza, luego y en organización, más recientemente) desde hace más de un lustro. De manera tal que hacia mediados del año pasado estaban dadas las condiciones sociales, económicas y políticas (llámese desempleo, niveles inéditos de desigualdad distributiva, pobreza extrema, recesión, desequilibrio fiscal, deuda externa, improductividad de la economía, debilidad política del gobierno, crisis de representación, crecimiento de las fuerzas sociales de protesta, conflicto social, etc.), que, conjugadas, permitían esperar acontecimientos como los producidos entre el 19 y 20 de diciembre, y de allí en más. Claro que en estos temas hay una distancia inabordable entre las condiciones objetivas y subjetivas así planteadas y su expresión concreta en la acción social y política. Podemos anticipar las condiciones del futuro, pero no su forma concreta y específica. Y esta forma no es por cierto una cuestión menor. Así, ahora, nos interesa y preocupa a todos terminar de analizar en detalle las condiciones mencionadas, pero, por sobre todo, hacia dónde vamos. El horizonte de las protestas, de las asambleas populares, de las medidas políticas, del curso de la economía, de la cuestión social y del escenario de conflicto en que estamos es sin dudas un tema central hoy para quienes nos dedicamos al estudio de las ciencias sociales. Este número de *Laboratorio*, una publicación que remite al esfuerzo de docentes - investigadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, es en tal sentido una valiosa contribución a la discusión, con datos y análisis que nos permiten avanzar y enriquecer un debate clave del presente y del futuro. Con todos los trabajos como este, podremos empezar a cumplir con las demandas de una sociedad que reclama que nuestros esfuerzos intelectuales constituyan herramientas de utilidad social. Con estas convicciones es que tengo el gusto de presentar este nuevo número de *Laboratorio* e invitar a sus lectores al debate conjunto de ideas.

Cordialmente,

Federico L. Schuster
Decano electo
Facultad de Ciencias Sociales

Editorial

Frente a los sucesos acaecidos en los últimos días de diciembre, que nos produjeron, además del impacto común a todos, un considerable retraso en el armado de este número, nos preguntamos si debíamos o no sacarlo ahora. La casi totalidad de los artículos fueron escritos en los primeros días de diciembre de 2001, antes de la renuncia de De La Rúa. Si bien puede surgir la duda sobre su vigencia, de todas formas decidimos publicarlo pues tal vez, si en alguna observación puntual alguno de los artículos puede parecer *viejo*, en líneas generales la reflexión de fondo se mantiene plenamente vigente.

Aunque sólo haya transcurrido un poco más de un mes, creemos que como pocas veces el año pasado es eso: *pasado*. La velocidad con la que se han desarrollado los acontecimientos hacen difícil, si no imposible, un análisis del impacto que tendrán en el mundo del trabajo. Al menos no por ahora, hasta tanto la política del nuevo gobierno se defina más claramente.

Aún así, este número que representó para nosotros, así como para nuestros colaboradores, un importante esfuerzo, está en sus manos. Deseándoles a todos Feliz Año Nuevo, y como se debe haber dicho en todos los brindis de fin de año, que este año sea mejor que el que pasó, o al menos que no sea peor.

**Los Editores
enero de 2002.**

Indice



**ESCENARIO LABORAL I: Notas de investigación de profesores de la Universidad de Buenos Aires sobre:
"La crisis económica actual: alcances y perspectivas sobre el mundo del trabajo"**

Los silencios sociales de la economía -

(Alberto L Bialakowsky; José Manuel Grima; Ernestina Rosendo; María Ignacia Costa; Nora Haimovici)

Página 5

La crisis económica y sus efectos sobre el mundo del trabajo

(Enrique Deibe)

Página 11

Desocupación y disolución social: notas sobre el alcance de una crisis histórica

(Pablo Rieznik)

Página 16

Argentina: Un orden fragmentado y en crisis alejado del equilibrio... y qué hacer con el sin trabajo

(Agustín Salvia)

Página 19

Argentina: algo termina...¿qué comienza?

(Javier Lindenboim)

Página 24

ESCENARIO LABORAL - II

Dinámica del empleo urbano. Octubre de 2000 – octubre de 2001.

Un breve análisis de la coyuntura de los mercados de trabajo urbanos durante el último año a través de los principales indicadores de la Encuesta Permanente de Hogares.

Página 26

Las trayectorias del desempleo

(Horacio Chitarroni)

El desempleo opera como un mecanismo de segmentación y degradación del mercado de trabajo en dos sentidos. Por un lado afecta principalmente a aquellos trabajadores que tienen una inserción laboral más débil y precaria. Y en segundo lugar, quienes transitan por un episodio de desempleo y logran una nueva inserción laboral, lo hacen en condiciones ocupacionales de mayor precariedad y fragilidad que en sus empleos anteriores.

Página 28

Los Silencios Sociales de la Economía ¹

Alberto L. Bialakowsky*; José Manuel Grima; Ernestina Rosendo; María Ignacia Costa; Nora Haimovici.²

Introducción:

La producción teórica actual se ha preocupado por el análisis de las grandes transformaciones sociales y económicas, incluso adoptando términos que permiten dar cuenta expresamente de las dimensiones de esos cambios: “metamorfosis”, “mutación”, “nueva cuestión social”, entre otros.

Nuestro eje de análisis se detiene en la indagación del proceso social de la clase trabajadora, particularmente en su sector más excluido. Se establecen tres temas de discusión: 1. la consideración o no de los excluidos como trabajadores; 2. la revisión de la importancia de la exclusión social como categoría de análisis y 3. la investigación de los procesos de trabajo institucionales que reproducen la exclusión. Este último tema será analizado especialmente en este artículo.

Ante la diversidad de opiniones acerca del fin del trabajo, Ricardo Antunes, en su discusión con diversos autores especialmente con André Gorz, concluye que el trabajo abstracto, como mercancía o valor de cambio, tendería a reducirse y no así el trabajo concreto como valor de uso, como generador social. (R. Antunes, 2001; R. Castel, 2001; E. de la Garza Toledo, 2000; A. Gorz, 1997 y 1998; D. Méda, 1998). Podemos suponer que este pasaje no se realiza sin un método o bien podemos esbozar la hipótesis que interroga acerca del método “adiafórico”³ en la contribución al proceso de eliminación del trabajo empleo y por ende del actor trabajador universal formal. Efectivamente, todos hemos estudiado los procesos de disciplinamiento en la creación del asalariado en los siglos XVIII y XIX: por qué no preguntarse hoy sobre las construcciones institucionales que diluyen el salariado. Aunque otros autores podrían afirmar que el capital no se sostendría sin empleo, históricamente la denominada acumulación originaria ha demostrado que la base del sistema puede ser coercitiva o tributaria. En la fase actual, la dependencia financiera es un rasgo de este tipo de coerciones

que puede independizarse de la tasa de empleo u ocupación local. (A. Borón, 2001; S. Amin, 2001).

Es por ello que nos resulta útil reintroducir la discusión acerca del proceso de exclusión como proceso de deconstrucción laboral-salarial y cómo las instituciones públicas se conforman como una de las dimensiones que operan en esa deconstrucción.

En coincidencia con Manuel Castells definimos la exclusión social “*como el proceso por el cual a ciertos individuos y grupos se les impide sistemáticamente el acceso a posiciones que les permitirían una subsistencia autónoma dentro de los niveles sociales determinados por las instituciones y valores en un contexto dado. ...tal posición suele asociarse con la posibilidad de acceder a un trabajo remunerado relativamente regular al menos para un miembro de una unidad familiar estable.*” (M. Castells, 1997, pág. 98).

En este marco de análisis, la exclusión social es comprendida como un proceso y como una práctica institucional de desagregación de la clase trabajadora. En este sentido, parece relevante interrogarse acerca de cómo las instituciones no pueden o no impiden la desagregación de la clase trabajadora o aún más, la reproducen. No debe comprenderse el proceso de exclusión como un estado sino como un flujo dialéctico, activo, cuyo punto extremo puede significar la extinción al punto tal que la caída del lazo social puede ser entendida en el marco de una sociología de la extinción (C. Bilbao, 1997).

No obstante, resulta pertinente destacar que desde nuestra perspectiva no existen vacíos o rupturas de lazos, sino transformaciones que comprenden redes de dominación. Los actores que se desempeñan en éstas no resultan ajenos en su rol de trabajadores enajenados⁴. Estas observaciones proponen entonces distanciarnos de una mirada plana, lineal, de incluido-excluido, formal-informal, legal-ilegal, del mundo laboral. El proceso de exclusión, en tanto desagregación o desprendimiento de la clase trabajadora en el pasaje desde el trabajo formal hacia la

* Profesor de la Carrera de Sociología - Investigador del Instituto Gino Germnai - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

informalidad, la ilegalidad y la pobreza no implica un desprendimiento de la sociedad sino un proceso de distribución social, en un polo segregado y vinculado contradictoriamente⁵.

En este marco de análisis, debemos señalar que el diseño de políticas públicas en torno a los problemas de exclusión, especialmente en temas sociales y de salud, afronta, en este momento, al menos tres transformaciones radicales:

- 1 La disputa entre el campo de lo estatal y el mercado, implicando una redefinición del estado hacia la privatización, conflicto enmarcado en los existentes procesos de globalización.
- 2 Los grandes cambios de la década del 90 dañaron las economías regionales, alojando las consecuencias del deterioro del modelo económico anterior en el espacio eco-social local: desempleo, des-industrialización local, violencia, exclusión social y pobreza. Los cambios producidos dan forma a las problemáticas acerca de la integración social a través de la fragmentación social conjuntamente con la impotencia de la administración local para obtener un gobierno propio a partir de las políticas sociales centralizadas, que conservaban circuitos administrativos pesados y burocráticos con baja participación social.
- 3 El campo científico se encuentra en una transformación con cambios radicales en las teorías acerca de las políticas sociales y de salud, enmarcadas en "nuevos paradigmas" que proveen nuevos elementos para la comprensión de los modelos de las políticas.

En nuestra experiencia en el diseño y la práctica en políticas sociales y de salud, como en el rediseño institucional, nos enfrentamos a las fisuras en la cohesión social para la amplificación de los grupos sociales marginales y al uso de viejas herramientas, especialmente en el modelo de trabajo social centralizado. En nuestro trabajo en barrios marginales, que hemos denominado Núcleos Urbanos Segregados, podemos ver dos lados de la realidad: uno, externo, legal, formal, normal; un segundo, informal, ilegal, clandestino y anormal. La tensión entre estos dos lados incrementa la problemática de exclusión: violencia micro social, implosiones familiares, e impotencia institucional.

Para el análisis que será desarrollado a continuación se han tomado tres casos instituciones estudiados para dar cuenta de algunas de nuestras hipótesis de trabajo.

Desarrollo analítico:

Frente a las grandes mutaciones sociales actuales, la interrogación que tiene largo arrastre y que en la actualidad resulta acuciante, se refiere a la suerte que correrá el análisis social basado en las categorías de la clase de los trabajadores. Nuestro intento está dirigido especialmente a investigar las tecnologías reguladoras que se aplican en esta construcción, donde el polo extremo se sitúa en la exclusión social como sector y como dinámica social.

El interrogante que planteamos sobre esta tecnología proviene del análisis de los procesos de trabajo social y de los procesos sociales de trabajo, entre cuyos atributos fundamentales se encuentran la división del trabajo social y la división extrema del trabajo en el interior de las instituciones en el espacio público. El proceso de exclusión social se reproduce por medio de dos dinámicas, una dinámica de vacío entre instituciones y otra de transversalidad en el método de trabajo. En este gran proceso deviene un trabajo enajenado entre trabajadores del espacio público y trabajadores expulsados del mercado formal.

Partimos de dos hipótesis básicas una general y otra específica. Una se refiere a la comprensión de lo social del sistema actual y sus determinaciones y la otra al rol de las instituciones en su comportamiento con la exclusión social.

Desde la perspectiva sociológica debemos comprender, como lo señalan actualmente diversos autores, el pasaje de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control (G. Deleuze, 1995; R. Castel, 1986; N. Rose, 1997; Z. Bauman, 1999; P. De Marinis, 1999). Efectivamente estos autores avanzan en la comprensión de que la sociedad va hacia una definición social y política postsocial. La observación sociológica actual ha profundizado la revisión de la sociología clásica (especialmente Durkheim y Weber) en su concepción de sociedad y similarmente las perspectivas críticas (especialmente Marx) en cuanto a que hoy resulta difícil sostener este constructo "sociedad".

Desde nuestra perspectiva, la sociedad podría graficarse como una "cinta de Moebius"⁶, es decir,

la sociedad presenta torsiones que le son propias y permanecen en un continuo con la sociedad hegemónica. Piénsese que a esta sociedad se le atribuye la marginalidad, las patologías, las vanguardias, los movimientos alternativos, como una externalidad que no le es propia; por otro lado habría una sociedad normal, incluida, étnicamente homogénea y legítima. Esta forma de presentación tradicional de la sociedad sólo presenta una cara legítima; sus otras realidades, muchas de las cuales le dan soporte, están colocadas ficticiamente fuera de la sociedad. Nuestra hipótesis es que se establece un continuum entre la sociedad subterránea y la sociedad legítima, pudiendo los actores y sujetos migrar de un plano al otro, de la coacción a la legitimación.

Estuve un mes entero en la comisaría. Caí con tres . Los mayores estuvieron un par de meses. Pero hay una abogada que teníamos nosotros que arreglaba, o sea arreglaba con el juzgado. Nosotros vamos robamos 4.000, póngale 5000, nosotros caemos le damos a la abogada los 5000 y un coche, bueno todo eso lo hacían los mayores, y al arreglar los mayores lo hacía yo también y bueno por eso nunca estuve tanto tiempo (*Entrevista a joven internado en un Instituto de Menores*).

Esta “mirada moebiusiana” permite superar la simplicidad de la sociedad solidaria como un único plano de análisis; la sociedad se expresa con la combinación de redes de participación y al mismo tiempo e imbricadas, redes de dominación social. Por ello hablar de cohesión social podría remitir a una imagen idílica que permanece en todo fondo del pensamiento social. Ciertamente podríamos coincidir con Bauman y Ricoeur que un principio ético rige la cultura humana, la responsabilidad que emerge en cada sujeto frente a la presencia del otro. Pero al mismo tiempo sostenemos que se produce permanentemente la capacidad de dominio sobre el otro, este par dialéctico y paradójico parece manifestarse en los niveles micro y macrosociales.

La segunda dimensión de análisis planteada se refiere a las instituciones. La construcción estatal actual, desde hace tres décadas, viene deconstruyendo las instituciones que signaron el Welfare State. Estas instituciones centralizadas, universales y ciudadanas se transforman en instituciones fragmentarias, reducidas, localizadas, en la denominada “quangotization” de los servicios y programas estatales. Si bien estos cambios acusan una reducción del aparato público y en ellos se

manifiestan los procesos “empresariales” de privatización y auditoría, en sus mecanismos internos conservan las viejas máquinas de procesar lo social. Más aún sus actores internos, los funcionarios, profesionales, técnicos, operadores y voluntarios, no logran todavía ni resignificar el cambio global que les sobreviene con las nuevas formaciones del Estado ni atacar los problemas sociales que los desbordan como la pobreza, la delincuencia, la enfermedad, la drogadicción y la violencia. Las instituciones trabajan como el pensamiento social maniqueísta, como si el objeto de intervención pudiera separarse en blanco y negro. Los objetos sociales resultan así, lógicamente, insalvables, se repiten, se expanden.

En este sentido, desde nuestra perspectiva de análisis, las instituciones públicas estatales no impiden los grandes procesos sociales de exclusión, en muchos casos los reproducen, en otros los profundizan. Ello concierne no a instituciones abstractas sino a procedimientos maquínicos (J-P. Gaudemar, 1991), a tecnologías, a discursos y acciones prácticas (N. Rose, 1996, 1997).

Estos cambios, en la especificidad del caso latinoamericano y argentino en particular, se aceleran en la medida que las acciones estatales se transforman a lo largo de estas tres décadas desde la perspectiva keynesiana a la perspectiva neoliberal. En la medida que el proceso de des-asalarización deconstruye las clases sociales incluidas, se producen desprendimientos de las clases trabajadoras (sectores bajos y medios) que comienzan a circular por las torsiones sociales informales o ilegales como modalidad de sobrevivencia (cirujeo, mendicidad, venta de drogas ilegales, robos, comercio ilegal, evasión de contribuciones, ocupación de casas, entre otros).

Estas formas de desagregación de quienes “viven de su trabajo” (R. Antunes, 2001), participan de una doble tramitación: por un lado en conflicto con la ley y por el otro en las instituciones que acusan estos padecimientos como desborde institucional.

Médico de Guardia: Nosotros estamos considerados como un hospital de guerra, un hospital de trincheras... acá tenés como droga todas las que quieras... Lo que nos altera, lo que nos conflictúa no es la cantidad sino la calidad. Porque nosotros acá trabajamos con pacientes que vienen con heridas de arma de guerra...

Médico de Guardia (continúa respondiendo): Con heridas de arma de fuego y arma blanca en los

últimos cuatro años ha disminuido notoriamente el ingreso a la guardia del hospital. Pero de la misma manera, casi en el mismo porcentaje ha aumentado el ingreso de cadáveres a la morgue policial que está dentro del predio del hospital. Si lo dibujamos en una curva prácticamente se cruzan la caída del ingreso a la guardia con el aumento de ingreso a la morgue judicial (*Entrevista a médicos del Servicio de Emergencias de un Hospital del Conurbano Bonaerense*).

En este caso las prácticas institucionales no alcanzan a intervenir con eficacia en los circuitos de extinción. Los procesos de trabajo en los que interviene el trabajador de la salud, resultan insuficientes.

Paralelamente, fracciones de los sectores “*underclass*” producen también protestas sociales en demanda de asistencia pública, como los programas de alimentos, de salud y programas de subsidios, a partir de los cuales se incrementa a su vez la cohesión y el clientelismo en los programas asistencialistas y focalizados en “la pobreza”. El Estado por otra parte, define la torsión negra, supuestamente invisible, como un objetivo a destruir coactivamente, la represión se consolida y se incita a incrementar el gasto en la construcción de nuevas cárceles y nuevos programas de emergencia.

8

Se establecen entonces distintos niveles de complejidad articulados: un nivel macro (proceso de trabajo social), un nivel meso que forma parte del macrosocial (las instituciones estatales públicas) y un nivel micro comprendido en los dos niveles anteriores: los sujetos, los núcleos familiares.

El recorrido analítico permite visualizar los métodos transversales en las instituciones públicas que intervienen directa o indirectamente en los procesos sociales de exclusión. Pueden señalarse como herramientas comunes del método transversal: el reduccionismo o recorte del objeto de intervención; la división extrema del trabajo; los vacíos interinstitucionales que llevan a que las instituciones operen repetitiva y aisladamente; la circulación sucesiva por instituciones asistenciales, tutoriales y coactivas; la repetición, la derivación y la responsabilización del consultante o asistido. La institución y sus trabajadores se muestran impotentes ante la gravedad de las situaciones que deben procesar.

En los últimos dos años hubo cuatro suicidios en nuestras escuelas, la de acá (Fuerte Apache) y la 29 cercana, el último, del sábado, es del chico (22 años

que se ahorcó), tuvo una crisis y se ahorcó, no pude dormir ni sábado ni domingo, él y el hermano ‘eran’ alumnos míos, el hermano se mató jugando con una pistola, acá juegan con las armas (hace gestos dirigidos a su cabeza), eso sin contar los dos intentos de suicidio, de la chica que se cortó las venas o del chiquito que lo salvó hace poco una vecina tirándose encima de él justo cuando estaba parado en medio de las vías del ferrocarril, había tenido una discusión con la hermana, tiene 17 años, no tiene padre y la madre está recién operada, la hermana le había recriminado que no hacía nada, que vivía de la familia...Yo me estoy reponiendo, hay que salir adelante, hace un tiempo me tomé tres meses por stress...Esto es otro barrio, hace 20 años atrás era distinto y ahora me da miedo irme tarde...Esto es una cápsula y aunque la pared no está es como si estuviera... (*Profesor de Escuela Media de Núcleo Urbano Segregado*).

En estos contextos de exclusión de los núcleos urbanos segregados, la institución escuela y sus trabajadores se enfrentan con dimensiones que revelan: la fragmentación que recorta el espacio urbano en espacios sociales segregados; el proceso social de trabajo de la práctica escolar que resulta inmovilizado; la realidad social que atraviesa al trabajador en su subjetividad.

En la profundización del entendimiento de esta dinámica que a la manera de un “poliedro” produce y reproduce la dominación y la exclusión, la comprensión del proceso social de trabajo institucional permite ahondar en los mecanismos puestos en juego en esta lógica contradictoria entre la intervención real y la discapacidad para intervenir en el proceso social de exclusión que los involucra. Desanudar las dimensiones que conforman el proceso de trabajo significa explicitar interpretaciones, intencionalidades, prácticas y discursos diferentes y hasta contradictorios, según el actor de enunciación y acción. Podemos distinguir en su conformación a. un proceso de trabajo en el interior institucional, b. un proceso de trabajo interinstitucional y c. una práctica específica terapéutica, de formación o modeladora, según la institución que se trate (hospital, escuela, instituto de menores, etc).

El proceso de trabajo comprende instrumentos y objetos portadores de relaciones sociales y, dialécticamente, estas relaciones sociales se materializan en objetos, instrumentos y normas institucionales. El proceso “social” de trabajo

resultante, expresaría una tensión entre tres elementos claves: poder, vínculos y subjetividad.

La rutinización homogénea y fragmentada de tareas y actividades que caracteriza al proceso de trabajo de estas instituciones, significa la práctica de un trabajo enajenado, sujeción y extrañamiento bidireccional. El método del distanciamiento, la rutinización, la fragmentación en la operación, el reduccionismo, la repetición y la masificación en el proceso de trabajo, definen un abanico con distintos grados de violencia que se expresan según las características específicas de la institución en la que tienen lugar y que, en situaciones extremas, explicita la negación del sujeto y su deseo, y/o coherciona y ordena por medio de la violentación. Los resultados se traducen en procesos de mortificación que se imprimen en el padecimiento del trabajador y de su sujeto de trabajo. La dominación organizativa sostiene cotidianamente los procesos de trabajo reproductores de la exclusión, intensificando a su vez el sufrimiento y la mortificación de sus integrantes. Por otra parte, la imposibilidad del reconocimiento conciente del padecimiento de ambos actores, conlleva a la obturación de la capacidad reflexiva acerca del proceso de trabajo y de la propia participación del trabajador en la reproducción de métodos y prácticas violentos.

Desde esta perspectiva de análisis, el padecimiento además de su significación en tanto sufrimiento, adquiere "carácter instrumental" formando parte de la estructura de poder y regulativa.

Notas de cierre

Hasta aquí hemos intentado delinear sintéticamente un mapa entre lo global y lo local; a su vez hemos colocado como mediador significativo a las instituciones públicas como coproductoras de lo social. Si bien las instituciones se encuentran en pleno cambio en cuanto a descentralización, privatización y tercerización de servicios, en las áreas más críticas del control estatal continúan burocráticamente centralizadas y tienden a crecer en las áreas de tutela, vigilancia e internación.

Paralelamente el retiro de los servicios de carácter universal de bienestar del Estado, concordante con la centralidad creciente del mercado y acelerada por las políticas de integración regional y continental, crean una desestructuración de las clases sociales, atravesadas en los 90 por la vulnerabilidad y la exclusión social. Este estudio se ha propuesto

promover el debate en cuestiones que deben ser nuevamente analizadas tales como: a. la división polarizada de la sociedad formal e informal, b. la neutralidad del método de las instituciones asistenciales y tutelares, c. la cultura global y local de consumo y mortificación.

Como reflexiones finales, debemos destacar que las instituciones forman parte esencial de la aplicación de las políticas gubernamentales, más aún, constituyen los recursos y las tecnologías del poder con el que se modelan las formas sociales, especialmente las más vulnerables y dependientes del poder estatal. A su vez como hemos analizado, el Estado se encuentra transformado por la realidad política y económica hemisférica. De ahí que nuestro análisis a través de una metodología arqueológica intente comprender las relaciones entre lo global y lo local, entre lo macro y lo micro y el rol de la práctica de las instituciones, como mediadoras de la voluntad política y económica en la transformación social.

La visibilización y la explicitación del Proceso de Trabajo Social y del Proceso Social de Trabajo, con sus elementos, mecanismos, prácticas y actores intervinientes, se tornan acciones fundamentales en la comprensión y des-enmascaramiento de las operatorias tendientes a la reproducción y profundización de la exclusión social y de los padecimientos que de ella se desprenden: estigmatización, marginalidad, segregación, sobrevivencia en la ilegalidad, entre otros.

En la sociedad actual los procesos de exclusión social pueden comprenderse como la mutación de fracciones crecientes de la clase de los trabajadores determinados a abandonar el mercado de trabajo formal y a asumir formas de sobrevivencia y disolución mortífera. Este proceso está imbricado por formas de violencia, coacción y legitimaciones institucionales que transforman la "masa marginal" (J. Nun, 2001) en fracciones con diversidad de atributos: afuncionales, disfuncionales y funcionales a la acumulación originaria (subterránea) y a la concentración del capital.

Finalmente deseamos concluir remarcando tres cuestiones básicas, la primera referida a la dinámica de los procesos de exclusión social, la segunda al rol que puede jugar el enfoque del proceso social de trabajo, y la tercera a la comprensión del trabajo enajenado, todas ellas sobre el fondo contextual y epistemológico de un enfoque sistémico, moebiusiano y complejo.

Notas:

1 Este trabajo constituye una síntesis y una reelaboración de dos escritos anteriores: "Marginalization and Exclusion: The Hemisphere's Number One Problem. The challenge of the social, educational and health policies. Analysis and Institutional Proposals" (Bialakowsky A.) y "Clases y conflicto: procesos sociales de trabajo en instituciones y núcleos urbanos segregados" (Bialakowsky A.; Grima J., Rosendo E., Costa I, Crudi R., Xiques M. y Haimovici N.)

2 Trabajo en el marco del Proyecto UBACyT 01/S008 (2001-2002) "Exclusión social y nuevos padecimientos: La práctica en dispositivos de intervención transdisciplinaria".

3 Zygmunt Bauman (1997) toma la definición de adiafora como aquello que se devela como indiferente: ni bueno, ni malo; que no se halla en relación a valores morales. - *Modernidad y holocausto*, Sequitur, España

4 Si bien Robert Castel refiere a la exclusión social en términos de "proceso" y a la ruptura del vínculo social, acordamos con él en esa ruptura de los vínculos pero no en la existencia de "vacío de relación social". Castel, R. (1995) - *De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso* en "Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura", Nro.21, Madrid.

5 María del Carmen Feijóo (2001), utiliza la expresión "dualismo interconectado", rebatiendo las posturas que subestimaban la integración social de los desfavorecidos.

6 Utilizamos esta imagen metafórica que tan bien ilustrara el artista plástico M.C. Escher: "*Cinta de Moebius II, xilografía, copia de tres planchas, 1963, 45 x 20 cm. Descripción: Una cinta cerrada en forma de anillo tiene por lo común dos caras, una interior y otra exterior. Sobre la cinta aquí reproducida, sin embargo, andan nueve hormigas rojas en fila y pisan tanto la cara interior como la exterior. La cinta tiene, por consiguiente, una sola cara.*" (M.C. Escher, "Comentarios -sobre sus obras-" en *Estampas y Dibujos, Benedikt Taschen, Germany, 1991, página 12*).

Bibliografía:

Amin, Samir (2001) - "Capitalismo, imperialismo, mundialización" en Resistencias mundiales (José Seoane y Emilio Taddei, comp.), Clacso, Buenos Aires

Antunes, Ricardo (2001) - ¿Adiós al Trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo, Cortez Editora, San Pablo, Brasil.

Bauman, Zygmunt (1999)- La Globalización. Consecuencias humanas, FCE, Buenos Aires

Bauman, Zygmunt (1997) - Modernidad y holocausto, Sequitur, España.

Borón, Atilio (2001) - "El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo" en Resistencias mundiales (Seoane José y Taddei Emilio, comp.), Clacso, Buenos Aires.

Castel, Robert (1986) - "De la peligrosidad al riesgo" en Materiales de Sociología Crítica (Varela, Julia y Alvarez Uría, Fernando, eds), La Piqueta, Madrid.

Castel, Robert (1995) - "De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso" en Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura, Nro.21, Madrid.

Castel, Robert (1999) - "¿Porqué la clase obrera ha perdido la partida?" En Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura, Nro. 48 : «Crisis y mutaciones del trabajo», Barcelona, 2001.

Castells, Manuel (1997)- La era de la información. Fin del milenio, Volumen III, Siglo Veintiuno Editores, México, 2000.

De la Garza Toledo, Enrique y colab.(2000) - "Fin del trabajo o trabajo sin fin" en Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo , coordinador: E. de la Garza Toledo, Fondo de Cultura Económica, México.

Deleuze, Gilles (1995) - "Post-scriptum sobre las sociedades de control" en Gilles Deleuze: Conversaciones 1972-1990, Pre-textos, Valencia.

De Marinis, Pablo (1999) - "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)", en Retos Actuales de la Teoría Social: Globalidad, Reflexividad y Riesgo (Fernando García Selgas y Ramón Torre, comp.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Feijóo, María del Carmen (2001) - Nuevo país, nueva pobreza, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Gaudemar, Jean-Paul de (1991) - "Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo" en Espacios de Poder, Ed. La Piqueta, Madrid.

Gorz, André (1997) - Metamorfosis del Trabajo, Editorial Sistema, Madrid.

Gorz, André (1998) - Miserias del Presente, Riqueza de lo Posible, Editorial Paidós, México.

Manzanos Bilbao, César (1997) - "Apuntes para una sociología de la extinción: La industrialización de las censuras" en Secuestros institucionales y derechos humanos: La cárcel y el manicomio como laberintos de obediencias fingidas (J. Dobon y I. Rivera, coord.), M.J.Bosch, España.

Méda, Dominique (1998) - El trabajo. Un valor en peligro de extinción , Editorial Gedisa, Barcelona.

Nun, José (2001) - Marginalidad y exclusión social, FCE, Buenos Aires.

Rose, Nicolás (1996) - "The death of the social? Re-figuring the territory of government" en Economy and Society, Nro. 25 (3).

Rose, Nicolás (1997) - "El gobierno en las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo" en Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura, Nro. 29, Madrid.

La crisis económica y sus efectos sobre el mundo del trabajo

*Enrique Deibe**

La Argentina vive una etapa de crisis sin precedentes, que tiene como manifestación más evidente una recesión que lleva más de tres años y que muestra debilidades estructurales para superar esta difícil situación.

Los intentos de recuperación a partir de la administración delaruiista no produjeron los efectos esperados, agravándose aún más los desequilibrios de la balanza de pagos y el déficit presupuestario, no cumpliendo lo establecido por la ley de equilibrio fiscal.

Luego de distintos fracasos el gobierno nacional toma una decisión que es observada por la mayoría de los especialistas y transmitida a la sociedad como la "única" alternativa a la cesación de pagos o a la devaluación. Esta medida, que provoca una fuerte tensión en la comunidad y en vastos sectores de trabajadores y desocupados, se denomina "déficit cero" y es aprobada como ley de la nación por el Congreso en un muy breve lapso.

¿Por qué los "mercados" no reconocen en esta serie de medidas razonabilidad suficiente para alentar nuevas inversiones y un rápido crecimiento o, al menos, un cambio de tendencia en la declinante economía argentina?

La Argentina se enfrentaba a graves dificultades para cumplir con el pago de intereses y servicios de la deuda ya que, de acuerdo a lo establecido por el presupuesto nacional 2001, el componente total de éstos asciende a 11.000 millones de dólares –aproximadamente- de los que 8.200 deberían ser financiados por vía de préstamos. Las altas tasas de interés imponen más restricciones ya que no es posible obtener crédito a tasas razonables forzando al gobierno a tomar la mencionada medida de "déficit cero".

Esto implica en definitiva que el gobierno ordenará sus cuentas a partir de los efectivos recaudados (aranceles por importaciones e

impuestos) y por lo tanto los gastos (gastos totales de gobierno, incluidos intereses y servicios de la deuda), ascenderán hasta el punto de equilibrio con los ingresos. Dicho de otro modo, se establece como criterio contable el equilibrio en las cuentas nacionales. La consecuencia inmediata de estas medidas son la reducción de salarios a estatales y jubilados y la restricción a la provincias de los fondos de coparticipación.

El argumento que esgrime el gobierno en este sentido es que, a partir del ordenamiento de las cuentas nacionales, bajarán las tasas de interés al retirarse el Estado como tomador de crédito y ésto impulsará el crecimiento de la economía.

Aquí corresponde responder a la pregunta que planteamos más arriba. Las perturbaciones sociales y políticas que sobrevienen a las medidas adoptadas generan un clima de inestabilidad y de baja sustentabilidad del plan adoptado por la falta de liderazgo del gobierno ante la sociedad, lo que genera la desconfianza necesaria para cualquier programa que se pretenda instaurar. La reducción de ingresos en las familias y la incertidumbre provocan un efecto de retracción en el consumo que afecta al total de la economía, iniciándose una tendencia hacia la baja del salario total (público y privado). Al mismo tiempo la baja del consumo impacta sobre la recaudación impositiva reduciendo los ingresos del Estado, por lo que se imponen nuevos ajustes. Por otra parte la fuga de capitales y retiro de depósitos agrava la situación.

Los principales problemas que enfrenta nuestra sociedad en relación al empleo, consecuencia de la crisis económica planteada, son sin duda alguna el recrudescimiento del desempleo y la precariedad laboral cuya expresión más clara está dada por los altos índices de trabajo no registrado (en "negro"). Estas dos cuestiones fundamentales vinculadas al mercado de trabajo devienen del cambio de modelo económico diseñado y ejecutado en la década del '90, que introdujo en nuestro país el proceso de

* Coordinador de la Carrera de Relaciones Laborales - Universidad de La Matanza. Profesor de la Carrera de Relaciones del Trabajo - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

globalización y reestructuración de sectores y empresas, incluyendo los procesos de privatización de las compañías del Estado, alcanzando por un lado altas tasas de crecimiento y notable mejora de la productividad y, por otro, aumento del desempleo y generación de empleos flexibles por tiempo determinado y por contraposición, destrucción de empleos estables por tiempo indeterminado.

Luego, a partir del año '98 comienza un ciclo de recesión empeorada por la crisis de la deuda.

Esta descripción muestra un desmejoramiento de los sistemas de seguridad social que también entran en crisis en los noventa, tanto el subsistema de salud (obras sociales) como el subsistema de jubilaciones y pensiones incluyendo el cambio de sistema, del público de reparto al opcional "inducido" de capitalización y reparto con aportes del Estado en ambos.

Caracterización del desempleo

Hasta la década del '90 nuestro país nunca superó un desempleo coyuntural del 6 al 8 % como máximo. A partir de 1992 comenzó a registrar tasas de más de dos dígitos llegando a un máximo del 20,2 en mayo de 1995 y rondando el 15 % de ahí en más, dando lugar a un desempleo de carácter estructural por lo prolongado y elevado. Hoy, lejos de encontrar alguna mejoría manifiesta en los indicadores, volvemos a acercarnos a ese 20 % del año '95.

Examinando la proyección de la EPH sobre el total de la población urbana podemos afirmar que, en relación con la duración en situación de desempleo, más del 25 % de los desocupados lo están desde hace más de 6 meses lo que indica un largo período de búsqueda sin solución al problema con la consecuencia de desaliento y pérdida de calificaciones y dificultad por lo tanto de lograr un empleo de calidad.

En relación al nivel de educación alcanzado, el 62 % de los trabajadores en busca de empleo sólo llegan al nivel primario de escolaridad formal.

Ambos aspectos señalan las dificultades crecientes del sector que pretende acceder a un puesto de trabajo y que las exigencias del mercado le hacen cada vez más inalcanzable. Por otra parte según informes y documentos de la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA) sobre las mismas fuentes (EPH) los jefes de hogar sin empleo ascienden a más de 700.000 personas.

Otras observaciones sobre el análisis del desempleo en Argentina corresponden al creciente aumento de la desocupación en las franjas de edades centrales, en la mujer y en los jefes de hogar, además de los ya indicados. Estos fenómenos se explican en parte por el incremento de la PEA no acompañado en el transcurso de la década de los '90 por la generación de empleos, observando que crecieron mayormente los empleos precarios que aquéllos de tiempo indeterminado, mostrando un efecto sustitución de aquéllos por éstos¹.

Estos fenómenos, sumados a las variaciones de la elasticidad empleo-producto, que limitan, en las condiciones de los últimos 10 años, la generación de empleo al mismo ritmo del crecimiento económico y al consecuente incremento de la productividad que permitió aumentar la producción con menor o igual cantidad de trabajadores ocupados, configuran una caracterización de la desocupación en nuestro país con difíciles alternativas de solución a través de la creación de empleo productivo a corto y mediano plazo, al menos.

Esta situación exige explorar y desarrollar alternativas que den respuesta a la situación de los sectores más vulnerables afectados por el nuevo modelo económico-social, lo que necesariamente coloca en el debate las ventajas y dificultades que presenta la definición de políticas universales sin condicionalidades versus aquéllas que exigen una contrapartida por parte del beneficiario. Sin duda esta discusión se expone con más crudeza para aquellos desocupados que difícilmente puedan volver a ocupar un puesto de trabajo por las consideraciones ya apuntadas de pérdida de calificaciones, aptitud física, y otras. A modo de aproximación muy general a la significación que este fenómeno representa, entre medio millón y un millón de argentinos se encuentran desocupados y en situación de pobreza y exclusión alcanzando la cantidad de cerca de seis millones con el grupo familiar, es decir, alrededor del 20 % de la población total.

Frente a la situación planteada el empleo se ve seriamente afectado generando en los trabajadores ocupados una permanente sensación de inseguridad y un fuerte temor a la pérdida del empleo, acosado por la "sospecha" de no poder reinsertarse en la actividad formal si es despedido. Asimismo las consecuencias de las políticas de ajustes a través de la disminución de los salarios del sector público y los efectos sobre el consumo y la producción impactan sobre la actividad privada produciendo

también reducciones salariales, suspensiones y pérdida de empleo. Esta espiral descendente de las condiciones de vida laboral muestra un escenario de escepticismo y desesperanza en la gran mayoría de nuestra sociedad. Finalmente, la negociación colectiva -otrora instrumento fundamental para la defensa y reivindicación de los intereses de los trabajadores y clave para las regulaciones colectivas del trabajo pactadas entre los empresarios y trabajadores- se encuentra totalmente devaluada y amenazada por los sectores empresarios que pretenden utilizarla en el mejor de los casos para deteriorar las condiciones de trabajo con el pretexto de “adecuar” los convenios colectivos a las nuevas exigencias de la competitividad y la globalización. Hace muchos años que los sectores más reaccionarios del empresariado insisten en la eliminación de los convenios colectivos y de los sindicatos, organización esencial para resistir, al menos, en el descenso sistemático y constante de las conquistas logradas por los trabajadores a través de luchas de más de 100 años.

Los debates actuales sobre el futuro del trabajo

Desde hace una década se instala fuertemente en el debate de cientistas sociales el problema de la desocupación y la pobreza como consecuencia de un nuevo modelo de acumulación que surge a partir de la crisis del Estado de Bienestar y el modo de acumulación fordista-keynesiano. En lo más profundo del debate se inscribe el significado del trabajo-empleo en la sociedad capitalista y su resignificación crítica a partir de la “escasez” de empleo en el mundo. Entre las distintas razones que explican la carencia de empleo la más importante estaría relacionada con el aumento creciente de la productividad dado el avance científico-tecnológico que se hace presente en la producción de bienes dando comienzo a un nuevo paradigma productivo basado en la diversificación de productos y la “flexibilidad” del trabajo. El “bien” del trabajo-empleo, en el período de 30 años “gloriosos” de post-guerra, estaba sustentado por el pleno empleo sobre la base del consumo de masas que proponía una creciente incorporación de las clases trabajadoras al mercado de bienes con acceso a la educación, por la masificación de la escuela pública, la salud a través del sistema de obras sociales y la protección a la invalidez y la vejez como consecuencia del sistema de seguridad social. Ese modelo exitoso no configura en sí una apreciación de los individuos por el trabajo sino que a través de

éste se produce el acceso a los bienes y servicios antes referidos lo que implica un proceso de inclusión social incrementable. Y más allá de causa o efecto el trabajo se constituye en un bien apreciado por la sociedad en su conjunto.

La crisis que enfrentamos desde los años ochenta pone en cuestión estas conceptualizaciones y las visiones críticas del modelo keynesiano-fordista ya que implica, por un lado, aferrarse a las “viejas” categorías sobre el trabajo y, por el otro, comenzar a debatir a partir de los “futurólogos” de las ciencias sociales una nueva sociedad donde el trabajo “pierde” sentido como centro de la actividad humana y generador de subjetividades e identidades colectivas.

Las visiones propias de la ciencia-ficción sobre la sociedad del futuro podrán ser una anticipación sobre la caracterización trágica que construiremos o, de un modo optimista, una mala interpretación de la sociedad que sobrevendrá solidaria y liberada de la opresión del trabajo “indigno” y la falta de empleo tal como lo concebimos hasta nuestros días.

Tanto André Gorz como Offe plantean una alternativa optimista al fin de la “sociedad del trabajo” ¿por qué procurar empleo en una sociedad que tiende a su extinción?, se preguntan. El concepto de trabajo-empleo como mercancía, cuestionado desde los comienzos de la OIT y en la Declaración de Filadelfia, impuso desde la lógica dominante del liberalismo una subordinación de los sectores populares, acotando como forma de sustento la necesidad de contar con un empleo que permitiera la adquisición de los bienes y servicios que la sociedad ofrecía. También en el mismo sentido, Dominique Mèda (1995)² propone desencantar el concepto de trabajo quitándole esa sobreestimación que se ha dado a lo largo de dos siglos de historia.

En efecto, todas las visiones que dan cuenta de la discusión crítica sobre la centralidad del concepto de trabajo para nuestras sociedades capitalistas modernas sostienen que el trabajo como forma de realización no es más que una construcción social y, por lo tanto, es y será susceptible de ser modificada dando paso a una nueva construcción de modelo de sociedad que finalmente proponga la liberación del trabajo y el desarrollo de actividades creativas y generadoras de placer. Proponen, entonces, romper con la noción de que el trabajo remunerado es una constante humana o su carencia es una suerte de castigo (Hopenhayn, 2001)³.

Es importante en este punto dejar claro que más allá de las polémicas y debates que se instalan en relación al concepto de trabajo y sus implicancias en la constitución de la organización social, justamente todos ellos dan cuenta de la crisis a la cual nos enfrentamos con las idiosincrasias particulares y los diferentes grados de desarrollo de los distintos países. El incremento del desempleo que adquiere en casi todos los países un carácter estructural pone en delicado equilibrio al conjunto del modelo económico-social y la falta de respuestas que generan estos desequilibrios, profundizando a través de la exclusión social las brechas entre ricos y pobres, entre empleos de alta productividad y empleos de baja productividad, entre trabajadores de altas calificaciones (sociedad de la información y el conocimiento) y trabajadores precarizados de baja productividad; y exponen a los sectores medios (profesionales y técnicos del modo fordista de producción) a la “angustia” de la posible pérdida de empleo y la dificultad creciente de reinserción en trabajos de estables y de calidad (salario y condiciones de trabajo dignas, formación continua, prestaciones de la seguridad social, etc.).

La posibilidad de pensar una sociedad sobre la base de un ingreso social suficiente nos permite advertir sobre dos cuestiones claves.

14

La primera está dada por la dificultad que generaría la libre voluntad de incorporarse a la búsqueda de un empleo remunerado o dedicar la existencia a actividades edificadoras de una dignidad basada en el placer -en un sentido freudiano- preconizado por Gorz. En el mundo capitalista, vigente aún, la presión del salario actúa sobre el mercado de trabajo tendiendo a la baja cuanto más alto es el índice de desempleo, llegando a un mínimo que sólo garantice la necesidad de reproducción de la fuerza de trabajo. Por lo tanto no parece posible, por lo menos en las condiciones que impone el capital, sostener ingresos por encima de estos mínimos que posibiliten un nuevo esquema de sociedad financiada por el propio sistema en el que el trabajo-empleo se mantuviera como modelo imperante. En segundo lugar, si el espacio de libertad estuviera sostenido por ingresos insuficientes podría dar como resultado una sociedad dual cristalizando al sector excluido en el estadio de pobreza.

Pierre Rosanvallon, si bien reconoce la crisis de empleo, cree que la solución debe tener como centro el trabajo ya que éste es el que estructura y organiza la sociedad como valor fundamental. Rechaza la idea

de un ingreso social universal porque sostiene que es una manera de consolidar la situación de desempleo. La búsqueda de respuesta a la crisis de empleo debe, según su perspectiva, basarse en la reinserción de los desocupados procurando establecer criterios de equidad social. En tal sentido Fitoussi y Rosanvallon indican que la heterogeneidad y desarticulación que produce el desempleo impide analizar en términos de equidad e igualdad los problemas que se deben enfrentar. De tal modo la tercerización y la fragmentación pronunciada de los puestos de trabajo, configura, por un lado, a los trabajadores de altas calificaciones (trabajadores de la era del conocimiento) que no sufren la pérdida de empleo mientras los otros de bajas calificaciones que aportan poco valor a la cadena están condenados a la reducción de sus salarios y a empleos poco estables (“changas”)⁴.

Por otra parte la generación de actividades sociales “impropias” a los valores del mercado dejaría de lado una cuestión de suma importancia, que es la de procurar la generación de empleo descartando la universalidad de asignaciones como salario ciudadano, o ingreso social universal, por la de reinserción de los desocupados al empleo o trabajo para todos. Ya la OIT en el informe del Director General de 1999, Prof. Juan Somavia, propone como orientación para los próximos años el pensar en una sociedad con “trabajo decente” para todos y, hace pocos días, el Foro Global del Empleo en el que participaron 700 líderes políticos y económicos lanzó un programa de acción bajo el lema “Crear trabajo decente en el siglo XXI” para tratar de mitigar el desempleo y su consecuencia más importante que es el crecimiento de la pobreza, agravado por la recesión mundial y los actos terroristas del 11 de septiembre. Si bien estos intentos de la OIT de instalar la cuestión en todo el mundo se sostienen sobre un término aún no definido totalmente - Trabajo Decente-, no cabe duda que impulsa un pensamiento claro en el que el empleo y su generación siguen ocupando un lugar central en la opinión de esta organización, y sus propuestas se orientan a fomentar el empleo como modo de reducir la pobreza.

El debate cobra significación diferente según se trate de países centrales o países periféricos como el nuestro, donde quedan por resolver cuestiones que son evidentemente más urgentes. Esto no implica eludir la discusión por nuestro contexto nacional, que desde ya está instalada en la práctica de la vida cotidiana.

La aplicación de políticas de empleo sobre la base de asignaciones transitorias orientadas a la atención de los desocupados más pobres y de más bajas calificaciones y que generarán como objetivo secundario obras de infraestructura social y asistencia comunitaria fue el concepto que orientó la política social desde el empleo con mayor asignación de recursos en los últimos años. (Programas Trabajar y Servicios Comunitarios).

Desde mi visión personal uno de los graves problemas que estuvieron presentes en la implementación no fue tanto la selección de los beneficiarios, que indudablemente en muchas ocasiones tendió a la manipulación política, sino justamente que las necesidades de cobertura eran superiores a los recursos asignados y por lo tanto insuficiente y compleja la designación de los que recibían el subsidio. Por lo tanto nuestro primer desafío es lograr una cobertura suficiente con o sin condicionalidades.

Los niveles de cobertura y financiamiento de alternativas forman parte de la problemática sobre el desempleo y la pobreza. Las propuestas son bien diferenciadas: mientras la CTA sostiene un ingreso para todos los jefes de hogar de 380 pesos más asignaciones familiares, el gobierno alentó reasignaciones de los gastos sociales con una cobertura de similar cobertura pero de montos significativamente inferiores. Una implica un nuevo modelo de redistribución de ingresos con fuerte

repercusión en el consumo pero también difícil de aplicar por las relaciones de fuerza actuales, y la otra sostiene una variación que no implica modificación en las actuales condiciones sino solamente un tibio intento de ampliar la actual cobertura en cuanto a la cantidad de personas alcanzadas por los programas sociales pero reduciendo las asignaciones y o recursos de los sectores formales medios de la sociedad, cristalizando la situación de pobreza con bajo impacto en el consumo.

Será posible entonces para la Argentina encontrar un camino alternativo que resuelva el dilema de crecer sin endeudamiento y transformar la estructura económica para que, a largo plazo, se constituya en un país con capacidad propia de generación de riqueza. La responsabilidad de los gobernantes y la sociedad en su conjunto tendrán la última palabra para lograr una respuesta progresista y sostenible, o continuar en el camino de incertidumbre y deterioro incesante en el que nos encontramos.

Por último estamos lejos de pensar en las posibilidades de la construcción de una nueva sociedad al modo de Gorz pero sin duda es imperioso que la agenda pública dé cuenta de estos problemas y, a mi entender, sería tal vez el Diálogo Social un instrumento eficaz para la resolución de los graves problemas de nuestra sociedad.

1 Lindenboim, Javier, en Revista "Enoikos" de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, junio 2001

2 Méda, Dominique, (1995). *El Trabajo: un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa

3 Hopenhayn, Martín, *Repensar el trabajo*, Editorial Norma, Bs. As., 2001

4 Fitoussi, Jean-Paul y Rosanballon, Pierre, *La nueva era de las desigualdades*, Manantial, Bs. As, 1997.

Desocupación y disolución social:

notas sobre el alcance de una crisis histórica

*Pablo Rieznik**

16

El fenómeno del desempleo irrumpió en el escenario de los años 90 como uno de los principales sino el principal problema económico-social del país. Su magnitud, su ritmo de incremento y su persistencia en el tiempo carecen de precedentes en la historia previa, cualquiera sea la época que se tome como referencia. En esto consiste la novedad de la cuestión: el desempleo como tal no es una realidad ajena ni a la economía nativa ni a la economía internacional contemporánea. Novedoso es el hecho, no obstante, de que aproximadamente casi un tercio de la población en condiciones de ejercer una actividad laboral remunerada se encuentre carente de ocupación plena en el último lustro y medio. Tomamos en cuenta para este registro lo que los estudios sobre la materia llaman desempleo abierto y encubierto. Esto significa que se incluye no sólo a aquellas personas desocupadas plenas, es decir, que carecen totalmente de empleo sino también aquellas que aparecen formalmente en las estadísticas oficiales como subocupadas, es decir, desempeñando tareas con cargas horarias muy inferiores a las que corresponden a las jornadas laborales de la población ocupada en un empleo regular y estable.

Los millones de desocupados, ¿cuántos?

El alcance de la desocupación no se agota, sin embargo, en lo que acaba de señalarse. Es necesario considerar asimismo lo que se denomina, conforme las investigaciones más recientes, el desempleo oculto, es decir, formas de ocupación que, en última instancia, opacan la expresión visible de falta de empleo. Se hace referencia de este modo a toda labor marginal, de muy baja productividad, vinculada a circuitos económicos inestables y precarios (que incluyen diversas formas de venta callejera, servicios personales como el trabajo a domicilio, modalidades del trabajo rural, etc.) y que serían un disfraz de la falta de ocupación para la población en condiciones de ejercer una actividad laboral. Debería también incluirse en el desempleo oculto a la enorme legión de ocupados que cumplen sus tareas en posiciones muy distintas a la preparación y experiencia técnica o profesional (vale, como paradigma, entre otros posibles, el del diplomado

universitario que conduce un vehículo de alquiler).

Pues bien, la extensión de este fenómeno es enorme. Como consecuencia de ello la franja de la población que no se encuentra desempeñando una ocupación normal, si se nos permite la vaguedad deliberada de la expresión representa a más del 50% del total. Esta franja de los argentinos sin trabajo o con “problemas laborales” según la referencia de algunos trabajos al respecto –sea porque no trabaja en absoluto, sea porque trabajan en condiciones de diversas características que denotan un recurso o expediente ante la falta de empleo adecuado– constituyen en la actualidad, entonces, más de la mitad de los integrantes de la llamada población económicamente activa, es decir, de quienes tienen posibilidades, necesidad y voluntad de trabajar en lo que se percibe como adecuado a sus capacidades y calificaciones. El porcentaje indicado es el que registra una estadística del INDEC sobre la demanda total de empleo y que incluye en buena medida a las distintas variantes del desempleo aquí señaladas. Quiere decir que el desempleo en sus distintas expresiones, es la situación en la cual se encuentra en la actualidad una cifra que se encuentra entre los 7 y 8 millones de compatriotas.

Una relación social en estado de descomposición

Es fácil percibir que frente a este cuadro de situación, todas las visiones apologéticas del actual orden o sistema económico - social (que cubren el más amplio espectro académico, político e ideológico) se enfrentan con una suerte de veredicto inapelable: nada hay más ineficiente, dilapidador de recursos y depredador de la existencia humana que ese mismo orden o sistema de organización del trabajo y la producción. No hacemos referencia a una de las variantes o modalidades de éste último; sí nos referimos a la estructura misma de la economía capitalista, en su actual configuración y como resultado de una larga evolución histórica. Se podrá objetar que tal afirmación es genérica, que es demasiado abstracta, que hay capitalismo y capitalismo, que la Argentina puede ser más bien

* Profesor Titular de Economía en la Carrera de Sociología e Investigador del Instituto Gino Germani – Facultad de Ciencias Sociales

la excepción que la regla y así seguido. Pero no es cierto: el desempleo, la precarización laboral, la flexibilización de las condiciones de trabajo, el desempleo oculto, la subocupación, etc. crecen “urbi et orbe” y en relación directa con las manifestaciones de crisis profunda que marcan la economía mundial.

Se trata de una crisis que, en primer lugar, se da en el escenario de una tendencia notoriamente decadente de la curva que muestra el desempeño de la economía mundial desde mediados de la década del setenta y que, en segundo lugar, toma la forma de una “economía de la gran depresión” a partir de la quiebra de los países asiáticos en 1997, conforme el título de un trabajo reciente de un economista del establishment académico norteamericano (Paul Krugman). Otro economista del establishment dominante acaba de señalar que Argentina no es sino el “eslabón más débil de la cadena” que recorre la economía mundial (Guillermo Calvo). A pesar del autor de tal afirmación y de la resonancia bolchevique se semejante afirmación – o precisamente gracias a ello- la caracterización no carece de una densa contundencia.

Conclusión: es engañoso y unilateral el planteo de que enfrentamos las consecuencias de un denominado modelo neoliberal, muletilla tan reiterada como equívoca. Asistimos en cambio a una tendencia al colapso en el contexto de un agotamiento profundo de la relación social capitalista propia de la época moderna. El cuadro es, precisamente, el de final de época. Por esta razón la economía moderna no puede ser aprehendida conforme las características y las categorías con las que nos aproximamos a ella en otros momentos de su desarrollo. Es un factor importante, se diría decisivo, para comprender que es, que significa e inclusive que magnitud tiene el desempleo en el período actual. Por eso también tanta confusión.

Al respecto, y además de los señalamientos indicados en el comienzo de este artículo, puede considerarse también la distinción corriente entre ocupado y desocupado derivada de las estadísticas que indagan el comportamiento de lo que se denomina población económica activa. Sin embargo, fuera de este contingente se encuentran quienes no están en condiciones de trabajar (niños y ancianos, por ejemplo) o quienes por algún motivo no buscan un trabajo –lo cual es asimilado a no querer hacerlo -; un conjunto que se denomina población

económica no activa. Es claro, por lo tanto, que sólo se considera activa a aquella franja de la población que posee o busca un determinado ingreso, jornal o salario. En consecuencia, la actividad o el trabajo de una ama de casa, para tomar un caso clásico, no es ni una cosa ni la otra en términos de la evolución del binomio ocupado – desocupado. La mujer que garantiza con su labor el mantenimiento del hogar no está empleada ni desempleada: es una persona “no activa”. Es claro que de acuerdo a este criterio que el caso de una trabajadora despedida que se recluye obligada a las tareas de su casa, disminuye el número de los desocupados para sumarse a la población sin actividad. De todas maneras no nos importa ahora la distinción relativa a la subestimación del desempleo sino algo más fundamental.

Nos referimos al hecho de que el problema del empleo-desempleo no se refiere al trabajo en general sino a una forma específica de su ejercicio: la que se vincula a la forma asalariada moderna, es decir, a una forma social específica de los actos por medio de los cuales cada individuo, como célula de un organismo más amplio, interviene en el proceso por el cual la sociedad crea y reproduce las condiciones materiales de su existencia. El significado del desempleo sólo puede ser apreciado en este contexto y por eso mismo está completamente distorsionado de manera muy particular. Dicho de otro modo: la distinción entre ocupado y desocupado tiene un contenido mistificador. Concretamente: el desempleado no puede identificarse con la carencia de ocupación. La desocupación sólo se refiere a la imposibilidad de ocupar un puesto laboral asalariado. Fuera de la organización de la economía capitalista y de su correspondiente régimen salarial, el propio término desocupado no reviste connotación alguna.

Por lo que acabamos de señalar la palabra desocupado no existía, con su significado actual, hasta finales del siglo pasado. Todavía en el siglo XVIII el término no existía como tal: se denominaba pobres, indigentes, mendicantes, a las personas que no podían subsistir sin apelar al socorro privado (de la Iglesia por ejemplo) o público (con recursos estatales). Las expresiones señaladas designaban, en consecuencia, la incapacidad de los individuos que no podían satisfacer por sí mismos sus necesidades y no la privación de trabajo o empleo. Algo que tampoco existía en la forma que hoy lo conocemos con el sentido específico que adquiere con el despliegue de la relación social capitalista.

¿Volver al pasado?

Pues bien, esa misma relación se ha transformado en un mecanismo que ya no funciona como en el pasado (a esto se refiere el agotamiento histórico de la misma). Curiosamente, sin embargo, el análisis académico pretende “aggiornarse” volviendo a las categorías de una época pretérita: ya no se habla de desocupados sino de pobres, de indigentes, de miserables, de excluidos. Junto a este retroceso teórico aparece también en escena el socorro privado con la Iglesia o el socorro público en sus diversas formulaciones. El “desideratum”, normalmente implícito, que acompaña esta involución también una suerte de operación retorno: la ilusión de volver a una situación propia de la relación asalariada que el capitalismo pudo sostener en el pasado y que debería reconstituirse, ahora, con la asistencia estatal o paraestatal.

La teoría ha perdido así el bosque aunque en el análisis algunos árboles parecen mantenerse en pie. En todo caso se cuestiona la relación asalariada pero no el capitalismo; se computan los defectos de éste último pero no al mercado que el propio desarrollo del capital ha convertido en una pieza de museo; se discurre sobre el fin del trabajo sin reflexionar sobre la imposibilidad de transformarlo quebrando la explotación que lo domina en la sociedad presente; no se descubre en la degradación de la desocupación masiva y crónica la emergencia de un no-trabajo que pueda ser sinónimo de goce de la vida –según la definición de uno de los fundadores de la moderna sociología del trabajo-

Ella misma, la sociología y también la economía del trabajo se debaten en su laberinto.

Este es el punto: la degradación contemporánea del “mundo del trabajo” es indisociable de la degradación del capitalismo, en un grado muy alto de su desarrollo; cuando las manifestaciones de su descomposición como metabolismo de la producción de la vida se revelan como evidencia de una senilidad irreversible como relación social. Este es un campo fértil para la acción y para la investigación. El capital sólo da trabajo bajo una forma específica que se identifica con la explotación del trabajador, con la expropiación de las condiciones de su actividad y de los resultados de esa actividad. El fin es la valorización del capital y no la expansión del horizonte vital humano. Los límites del trabajo cada vez mas potente y productivo con el único propósito de garantizar una determinada ganancia son los del propio capital. Fueron precisados mucho tiempo atrás: el mayor rendimiento del trabajo (en el límite su sustitución por la automatización) mina las posibilidades de la acumulación que tiene como fundamento su expropiación creciente.

Comprender el carácter específico de esta explotación del trabajo humano plantea el hilo conductor más fecundo para el entendimiento del fenómeno empleo - desempleo, no como un antagonismo irreductible sino como la expresión alternativa de un fenómeno único. La crisis capitalista pone de relieve esta realidad en los términos de una existencia agobiante que conduce a la mutilación de vidas humanas como un aspecto de un proceso más general de destrucción de fuerzas productivas.

Argentina: Un orden fragmentado y en crisis alejado del equilibrio

...y qué hacer con el sin trabajo

Agustín Salvia*

El Problema: Algo más que crisis externa y desorden fiscal...

Durante los últimos veinticinco años la economía de Argentina se ha caracterizado por su extrema volatilidad y alta incertidumbre, quedando sistemáticamente vulnerada su capacidad de desarrollo. Desde el punto de vista funcional, esta situación se ha expresado en términos de crisis del sector externo, desorden fiscal y alta desocupación, pero la crisis real y profunda está lejos de poder ser comprendida si sólo se la examina a través de sus consecuencias.

Al mismo tiempo, casi veinte años de plena vigencia de la democracia bajo estas condiciones generaron un conjunto social con plenos derechos políticos, a los que llamamos ciudadanos, pero cuya mayoría no cuenta con capacidades para ejercer esos derechos. Junto a ello, un Estado no sólo debilitado, sino también desnaturalizado en cuanto a su función social.

Desde el ángulo del diagnóstico debe subrayarse que el cuadro de las actuales dificultades económicas incluye tres grandes desequilibrios: el déficit fiscal, el balance de pagos negativo y la oferta sobrante de productos y factores de producción, en particular, la oferta subutilizada de fuerza de trabajo.

Esta triología de desequilibrios interrelacionados motorizan la crisis económica y social imperante. En este punto no se observan muchas discrepancias de diagnóstico, pero las posiciones difieren respecto de la influencia de cada uno en la gestación y propagación de la crisis. Por una parte, los enfoques neoliberales más ortodoxos asignan al déficit fiscal el carácter primario del problema. Por otra parte, desde una oposición de tipo desarrollista, sin desconocer el deterioro de las finanzas públicas, se acusa al tipo de cambio y al desequilibrio externo como los causales primarios de la debacle.

Es cierto que estos desequilibrios se vieron particularmente profundizados en el contexto de la

convertibilidad, a partir de las medidas de apertura comercial, reconversión productiva, privatización de las empresas públicas y desregulación de los mercados. En todos los casos, este modelo se impuso bajo el predominio de los intereses del sector financiero nacional e internacional, siguiendo una política sistemática de afectación de la producción, el trabajo y la oferta social de bienes públicos (desde la seguridad jurídica hasta la paz social).

El Estado es la única institución con la capacidad de tomar ingresos de algunas personas y de una u otra manera redistribuirlos entre otras a través de la política central. Debilitar al Estado es proteger los intereses de aquellos cuyos ingresos pueden ser afectados. Bajo este contexto, el estancamiento generado durante el último cuarto de siglo y el estado actual de depresión han introducido una fenomenal redistribución regresiva de los ingresos y una pérdida de bienestar en los sectores más vulnerables, ampliando la polaridad social.

Pero con el inicio de una nueva centuria nos encontramos frente a un rápido agotamiento del paradigma monetarista y de las medidas fiscalistas introducidas en el transcurso de la década pasada (privatizaciones, convertibilidad, apertura, reforma fiscal, etc.), al tiempo que se han abierto fuertes turbulencias sociales y políticas. Se impone una etapa de cambios acelerados y fluctuación impredecibles.

Pero la capacidad de intervención y provisión de bienes públicos por parte del Estado se encuentra severamente deteriorada en todos los campos y niveles, resultando impotente para movilizar los recursos productivos y sociales del país. La crisis política del Estado se agrava en correlación directa con la crisis económica y debido a profundísimos errores de gestión. La situación actual (diciembre 2001) muestra una profundización de este rasgo, junto a la persistente debilidad del aparato productivo, de la estructura social y del sistema político real.

¿Cómo se sale de la situación en la que nos encontramos? Obviamente, no se sale sin correcciones y ajustes a las actuales estrategias de política económica y social, ni al orden político y moral. Ahora bien, tampoco esto parece suficiente. El problema, es si existe o no capacidad para crear y movilizar una ingeniería social y político-institucional radicalmente diferente que atienda como principal desafío honrar la creciente Deuda Social Argentina.

La agenda laboral del fracaso: Algo más que realismo mágico...

Sobran denuncias acerca de la relación unívoca – aunque compleja y multidimensional- creada entre la estrategia económica neoliberal-ofertista y los problemas de desocupación, subempleo y exclusión surgidos durante la última década.

Ahora bien, más allá de que el propio modelo económico haya contribuido intrínsecamente al deterioro estructural de las condiciones socio-ocupacionales, los diferentes programas oficiales no quedaron al margen del proceso de definición del problema. En este sentido, cabe entender los cambios institucionales operados en el mercado de trabajo y en las relaciones laborales en el caso argentino no sólo como resultado de una funcionalidad económica, sino como la consecuencia del particular accionar de los agentes económicos interesados, es decir, como parte de una finalidad política.

La forma que asumió la definición del problema laboral en la agenda se fue modelando a la par que crecía la necesidad de financiamiento externo por parte del Estado nacional y, por lo tanto, también la fuerza gravitacional de los organismos internacionales de crédito sobre las reformas estructurales. Acompañando ese enfoque, el diagnóstico oficial sostuvo con firmeza que las reformas en materia de trabajo debían servir a una mayor flexibilización de las relaciones laborales en función de favorecer el aumento de la productividad general de la economía y lograr efectos positivos en materia de empleo en el largo plazo (Caro Figueroa, 1998).

Pero la reforma laboral se vio movilizadora no sólo por las demandas y estrategias del programa económico y sus defensores, sino también por los resultados objetivos que ésta podía ofrecer a los intereses políticos, a la luz de la opinión pública.

Por lo mismo, resulta coherente que el discurso del “establishment” sobre la problemática del desempleo fuera cambiando en los años noventa. Tales problemas dejaron de ser males transitorios propios de todo proceso de modernización; para convertirse en el resultado “lógico” de un mercado “hiper-regulado” afectado por la inflexibilidad de los salarios a la baja, los altos costos laborales y la presión sindical. Al respecto, por ejemplo, el discurso neoliberal afirmaba:

- Los problemas de empleo en Argentina no surgieron con las reformas sino que las reformas sólo los pusieron en evidencia.
- El crecimiento económico per se no alcanza para conseguir el aumento del nivel de empleo, es también necesario un marco legal más flexible.
- El exceso de regulaciones es la causa del aumento significativo que registra el empleo en negro y la informalidad salarial.
- El desempleo estructural tiene como principales causas el déficit de calificación de los desocupados y la rigidez de los salarios.

Con base en estos argumentos la desocupación se instaló como un falso problema cuya solución quedaba “condicionada” a que se encararan un conjunto de medidas dirigidas a desregular el mercado de trabajo, reducir las cargas impositivas, descentralizar las negociaciones colectivas en el ámbito de las empresas, flexibilizar los contratos y privatizar los fondos sociales de la Seguridad Social y Laboral y la Salud. Mientras tanto, el desempleo, era subatendido a través de programas de capacitación y, de manera más focalizada, por medio de programas de empleo transitorio. En ambos casos, procurando evitar mayores costos empresarios e intervenir en las relaciones de mercado.

Y, en todos los casos, una misma promesa incumplida acompañando cada medida: superar el flagelo de la desocupación creando más y mejores empleos, a cambio del paulatino pero sistemático predominio de reglas de juego fundadas en el protagonismo del mercado en desmedro de los derechos colectivos, del consumidor en desmedro del trabajador.

Por lo mismo, la clave interpretativa del fenómeno de precariedad y flexibilización laboral no son sólo los fragmentados efectos de desempleo,

marginalidad o exclusión, sino las formas en que el fenómeno expresa y reproduce las relaciones de fuerza que intervienen en la puja de la distribución del ingreso y de poder entre los actores sociales.

Desde esta perspectiva, cabe reconocer en el desempleo y la precariedad laboral las formas típicas bajo las cuales se expresa la mayor subordinación del trabajo al capital y las posibilidades objetivadas de su mayor explotación presente y futura.

El fin de la Ficción: Algo más que escenarios sociales de privación...

La indiscriminada apertura económica y la forzada paridad cambiaría en un mundo globalizado, una deuda pública de alrededor de 147.000 millones de dólares, una prolongada depresión económica y, finalmente, una inmanejable *deuda social* (con más de 5 millones de personas sin trabajo o con problemas de empleo y 14 millones de pobres estructurales o empobrecidos), formaron un cóctel explosivo que provocó el fin de una ficción y la crisis del orden político.

La profundización de la crisis económica desencadenó en un escenario previsible. Durante los últimos dos años, el último Gobierno puso en marcha varios ajustes generales y recortes salariales y jubilatorios, una nueva reforma laboral, un blindaje financiero, dos megacanjés de la deuda pública, un procurado déficit cero, una bancarización forzada y un corral para los ahorros... todo en función de cumplir con el pago de los intereses de la deuda externa, mantener la estabilidad general del sector financiero y ganar la confianza de los mercados.

Las reacciones callejeras, los saqueos, la crisis política y el *default* son algunas expresiones de un mismo y único desacierto: la inexplicable fe económica, social y política en un modelo fundado en el *fetichismo monetario-financiero*, por sobre cualquier valoración del trabajo y una más justa y eficiente provisión de bienes públicos (justicia, educación, salud, paz social, seguridad, representatividad política, etc.).

Al respecto, cabe destacar –a manera de breve inventario– algunas de las escenas que ha dejado montadas un cuarto de siglo de predominio monetarista en Argentina:

1 La sociedad actual se define y se reproduce fragmentada y en permanente conflicto. La crisis

económica y la desocupación persistentes tienen consecuencias en distintos ámbitos de la vida social, política e incluso psicológica, afectando las bases mismas del sistema democrático y de la vida familiar y comunitaria.

2 En el campo económico-ocupacional las reformas impositivas, monetarias y laborales ensayadas dieron los frutos esperados en términos de productividad y rentabilidad para un particular sector de agentes económicos y *grupos mafiosos*. Ahora bien, el costo ha sido alto: el deterioro laboral se expresa en niveles históricos de desempleo abierto, subempleo y precariedad laboral.

3 La crisis social se encuentra hoy en niveles inéditos, destaca su gravedad, compromete el presente y el futuro de amplios sectores de la población y corta transversalmente a la sociedad. Sin embargo, la crisis / catástrofe no es general ni golpea a todos de la misma manera. La fragmentación se reproduce en forma ampliada, segmentando los mercados y las condiciones de vida de los individuos, de los hogares y de los mercados locales.

4 Si bien el significado de ciudadanía no se reduce a ser un miembro ocupado, estar desocupado o sin un empleo regular constituyen junto con la pobreza los principales factores de enajenación de una ciudadanía activa e inclusiva. A ello cabe agregar la ruptura de los puentes de legitimidad entre representantes y representados.

La situación impone que las expectativas de solución a los problemas de privación no puedan ser depositadas en el mercado y los valores monetario-financieros. Así como tampoco cabe creer que dicha solución pueda devenir de una demanda social espontánea o de un actor político capaz de expresar un supuesto interés general.

En medio de una descomposición de esta naturaleza resulta ingenuo suponer que puedan florecer naturalmente la solidaridad y los altos ideales. Más cuando la composición de los sectores populares es tan heterogénea y fragmentada y son inexistentes las instancias de representación política capaces de dar forma y unificar las demandas y el malestar de base.

En este sentido, cabe no confundirse esperando que las expresiones de bronca sean lo mismo que la

puesta en movimiento de una voluntad y un poder de cambio. Al respecto, parafraseando a Primo Levi, José Nun –2001- nos alerta contra entusiasmos infundados: *“sería ingenuo, absurdo e históricamente falso suponer que los malos ejemplos no cunden y que la miseria, el temor y el sufrimiento no degradan a sus víctimas”*... El efecto negativo que esta situación crea sobre el campo político-institucional y las perspectivas de un cambio de futuro, la hace ser sin duda algo más que un dato histórico y un componente social de la Deuda Social.

Si esto es efectivamente así, poco cabe esperar de aquellas demandas y movimientos tendientes a omitir toda construcción de consenso, a la vez que ponderar y defender el interés particular por sobre los intereses generales, el interés personal por sobre los intereses colectivos.

La situación obliga a atender la emergencia y a poner también en marcha nuevas estrategias societales, pero a partir de nuevas bases económicas, políticas y morales en función de fortalecer los mecanismos de inclusión, fortalecimiento e integración social. La situación, obliga a una amplia concertación social...

22 ¿Y ahora qué?.. ¿Es necesario algo más que default y devaluación?

La flexibilización de los contratos y los despidos, la descentralización de los convenios colectivos y la neutralización de las resistencias de los trabajadores se constituyeron en las medidas necesarias para el éxito del programa económico monetarista. Ahora bien, ¿cuáles son las nuevas reglas sociales que requiere programa alternativo fundado en la concertación social?

Hoy parte del escenario lo constituye la emergencia de demandas y desbordes callejeros en procura de una intervención pública que atienda el desempleo estructural, las crisis regionales, la debilidad institucional y el fuerte déficit social que afecta particularmente a aquellos sectores más vulnerables. Pero el objetivo oficial bien puede ser reformar todo de tal manera que los números se equilibren respecto del déficit público y del comercio exterior. Estas parecen ser preocupaciones excluyentes.

El contexto económico-productivo y social en el cual se gesta y desarrolla el problema del desempleo y de la precariedad social debe considerarse un factor

central a la hora de evaluar y rediseñar las políticas de Estado en esta materia. En este marco, cabe reconocer, en primer lugar, que abandonar la convertibilidad y multiplicar los programas transitorios de empleo, si bien son acciones necesarias, no son condiciones suficientes para lograr una estrategia de crecimiento sostenido de la economía y el empleo a largo plazo. Por ello, cabe preguntar: ¿reformas para qué?, ¿cuál es el objetivo final de la estabilidad macroeconómica?, ¿cuál es el objetivo último de cualquier reforma del Estado?

Dar respuesta a la creación de puestos de trabajo y a la necesidad de una seguridad social universal, exige como condición necesaria –además de cambios institucionales y políticas activas de reconversión- un contexto de real crecimiento de la actividad productiva y, cabe destacarlo, una revalorización política y económica –no necesariamente salarial- de la capacidad de trabajo y de innovación de la sociedad argentina. Esencialmente, este objetivo último debe ser el fundamento del nuevo programa desarrollo.

Por supuesto es posible salir de la crisis y del modelo montado por la ficción monetarista. Las alternativas técnicas existen y se conocen. Claro está que no se trata de soluciones rápidas e indoloras. Tal como señalara el Dr. Julio Olivera en la presentación del denominado Plan Fénix, la causa principal de nuestros males no hay que buscarla en los gastos excesivos del sector público ni en los desequilibrios de las cuentas externas. Estos resultan, en todo caso, efectos derivados de la falta de producción y de empleo, la cual “nace directa o indirectamente de la insuficiencia en la provisión de bienes públicos, desde la seguridad jurídica hasta la salud, la educación y la paz social”.

Los efectos sobre la realidad de esta insuficiencia fueron contundentes: desocupación, precariedad laboral, injusticia, violencia, pobreza y desigualdad. Todo ello, junto a la agravante sensación de que nunca es suficiente, que la modernidad nos resulta inmerecida.

Bajo ese clima social –fuertemente castigado y saturado por los dispositivos monetario-financieros o político-clientelares- se acumulan argumentos y evidencias hacia otra alternativa: ¿Por qué no una política de Estado orientada a que sea el capital – en el marco de sus función social- el que ajuste sus expectativas y reduzca sus tasas extraordinarias de ganancia? ¿Por qué no, por ejemplo, masiva

incorporación de trabajo y tecnología con efectiva reducción de la jornada laboral sin merma del salario real? ¿O, por qué no, tan sólo, justas contribuciones solidarias por parte del sector empresario financiero, rentístico, concentrado y privatizado, suficientes como para asistir la falta de ingresos de millones de familias de desocupados?

Sin duda, para comenzar a cambiar el actual estado de catástrofe se requiere que se promueva ante todo una redistribución progresiva del ingreso, generando una demanda efectiva que reactive la economía y el empleo en el menor plazo posible. Pero la construcción de nuevas reglas distributivas no se resuelve en el terreno de la teoría económica, ni en el campo electoral o legal, ni mucho menos a partir de la buena voluntad de los políticos o funcionarios de uno u otro gobierno o partido. Se requiere de nuevos protagonismos sociales y de efectivas confluencias políticas en el marco de un proyecto de transformación global.

Pero la sociedad emergente se configura por ahora sólo en forma contestataria, confrontando verdades figuradas con los hechos que ellas generan, como un proceso que avanza en forma irreversible hacia el desmantelamiento de viejas formas y contenidos... Sin duda, un proceso necesario pero insuficiente. ceptada esta situación, sería una gran equivocación esperar que la solución a la crisis social dependa de una particular política de gobierno. Por supuesto, se cometería un mayor error si tal expectativa se depositara –tal como se hizo durante la década pasada- en la mano invisible del mercado o en la capacidad de gestión espontánea de la sociedad de los pobres y desocupados. La naturaleza del problema exige un repertorio variado de compromisos sectoriales, reformas estructurales, estrategias económicas, nuevas formas de organización política y acciones de amplia imaginación y participación social, significativas por su capacidad de movilización.

Ahora bien, saber bien qué es lo que hay que hacer para salir de la situación catástrofe no resuelve el problema central de determinar quién y cómo lo va a hacer. Una redistribución progresiva de la riqueza y del ingreso, por ejemplo, no se realiza por decreto ni por ley en ausencia de una fuerza social movilizada que lo exija y lo imponga. Ante que ello ocurra parece necesario aumentar el poder y la productividad social de los pobres.

En el actual contexto, ¿cabe esperar una política en ese sentido a partir del poder del Estado? En general, se afirma, se espera y se demanda que así sea. Nuestra impresión es otra: las condiciones sociales son graves, justamente porque el poder político del Estado lo hace posible. El Estado globalizado no es una entelequia al margen de la estructura de intereses multilaterales y de voluntades dominantes que construyen la realidad histórica del capitalismo en cada sociedad concreta.

Sin duda, en un sentido distinto, cabe ir neutralizando los aspectos sociales más comprometidos y críticos del orden actual. **Pero sobre todo, es prioritario ir generando nuevas condiciones políticas, institucionales y sociales para hacer posible la reconstrucción social a partir del trabajo y la justicia como valores fundamentales.** Esta tarea debe ser realizada desde la base de la sociedad, los trabajadores, los desocupados, los marginados y las organizaciones no gubernamentales, y sólo así y desde ahí toda demanda al Estado tendrá legitimidad, fijará políticas y cambiará la historia. Por lo mismo, antes que demandar “más Estado”, parecería necesario seguir produciendo “más Sociedad”. Esto es, sistemas sociales con proactiva densidad institucional, interacción entre los actores sociales, intercambio de valores culturales, asumida voluntad política, etc., tal que estos procesos permitan producir vectores sociales de construcción y articulación de poder, pero al margen de toda ingenuidad.

Argentina: algo termina.. ¿qué comienza?

Javier Lindenboim*

Para alguien que no cuenta con la formación profesional del periodista, no resulta sencillo escribir “sobre la marcha” de los intensos y dramáticos acontecimientos de estos días.

La renuncia del gobierno constitucional implica mucho más que el fracaso de un gobierno que se empeñó en no dar cumplimiento al mandato popular recibido en 1999.

Se trata de la culminación de un ejercicio de aplicación del Consenso de Washington que durante largo tiempo –y hasta no hace mucho- fue tomado como ejemplo por los organismos internacionales y los gobiernos de los países más poderosos de la tierra.

La política económica impuesta por el gobierno de Isabel Perón en 1975 a través del fugaz ministro Celestino Rodrigo fue el anticipo de la que ejecutó el gobierno de la dictadura militar posterior. Y luego profundizada con intensidad y extensión sin precedentes en los años noventa por el gobierno de Carlos Menem quien había prometido el “salario” y la revolución productiva.

La inviabilidad del modelo económico derivaba no sólo del inevitable costo de millones de desempleados y de una polarización de la riqueza y de los ingresos que asemeja a la sociedad argentina a las más desiguales de la tierra. Derivaba también de una incapacidad de la propia economía por sostenerse en el tiempo en la medida en que se afectó profundamente la capacidad de producción para el mercado interno y el externo. Tal incapacidad ha sido la consecuencia imprescindible de la virulenta apertura económica, de la ausencia de protección para los sectores productivos, del anclaje cambiario, sólo encubierta por la afluencia de capitales, principalmente especulativos.

Tal endeudamiento a tasas crecientemente usurarias se mantuvo hasta el fin del gobierno menemista. El recambio institucional a fines de 1999 encontró a una sociedad expectante a favor

de cambios de orientación. En su lugar, el gobierno se empeñó en transitar el mismo camino precedente desprendiéndose rápidamente del sostenimiento en amplios sectores populares.

La historia reciente es conocida. Un reaparecido Domingo Cavallo, perdidoso en las elecciones nacionales y en las de la ciudad de Buenos Aires del año 2000, anunció una presunta estrategia productiva y no de ajuste continuo. Pero lo primero que hace es una renegociación de la deuda (el “megacanje”) hasta entonces calificada como imposible de concretar. Pero ofreciendo -además de mayores garantías- tasas de interés imposibles de sostener cualquier estrategia, ya no de crecimiento sino siquiera de sobrevivencia. El efecto no se hizo esperar. Los acreedores, con mayor visión que las autoridades, se convencen de tal inviabilidad y disparan la degradación de la deuda pública argentina en los mercados de títulos. La respuesta oficial con el déficit cero (léase enormes penurias para los sectores populares, derivadas de las rebajas de ingresos y el desfinanciamiento de las [escasas] políticas sociales así como las áreas de educación o salud) y más recientemente con la indisponibilidad de fondos de los depositantes sólo podía agudizar y acelerar el desenlace.

En ese marco, la vergonzosa liberación del ex presidente Carlos Menem, sólo puede entenderse en función de un probable acuerdo de cúpula entre los sectores más regresivos de los dos partidos mayoritarios, luego de desconocer la dirigencia política el mensaje popular expresado en las elecciones del mes de octubre pasado.

Diversos analistas coinciden en afirmar que la única opción posible para recuperar el crecimiento económico y el desarrollo social pasa por un desgaje definitivo en las fuerzas políticas mayoritarias. En cada una de ellas deben diferenciarse los sectores que promueven efectivamente la revitalización del rol del estado, la priorización del mercado interno a través de una fuerte redistribución del ingreso, la

* Director del Centro de Estudios sobre Población, Empleo y Desarrollo (CEPED), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires

afectación de los sectores que fueron beneficiarios privilegiados de la política económica vigente hasta aquí (las empresas privatizadas vilmente, el sector financiero, los acreedores externos e internos) de aquellos que tozudamente pretenden continuar sin cambios. En tal sentido, hay propuestas hasta ahora dispersas, provenientes del "grupo productivo" (la Unión Industrial Argentina, la Cámara de la Construcción, las Confederaciones Rurales Argentinas), del Frente Nacional contra la Pobreza (que acaba de recibir tres millones de votos voluntarios en una consulta popular del último fin de semana) o de la propuesta surgida de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (conocida como "Plan Fénix).

Entre tanto, el agobio y la desesperanza del pueblo llegó a su límite. Sobre esa realidad se encaramaron grupos derechistas que también actuaron en 1989, tal como lo confirman declaraciones de dirigentes "piqueteros" de una de las zonas más castigadas del Gran Buenos Aires (La Matanza) en las que denuncian que, en la semana previa, estuvo a la vista tal accionar preparatorio. Lo cual no deja de agregar un ingrediente de inquietud y preocupación acerca de los sectores políticos en acción.

Adicionalmente, la espontánea salida a la calle de sectores medios como respuesta al discurso del presidente anunciando el estado de sitio, muestra la amplitud de las demandas sociales. Que incluyen un dato de interés. No se reniega de las instituciones democráticas sino del grueso de la dirigencia política.

El latrocinio sobre la economía y la sociedad argentinas está próximo a su fin. Más allá del modo en que se resolvió la crisis institucional, haciendo uso del número mayoritario de bancas por parte del partido hasta ahora opositor y promoviendo un cuestionado mecanismo electoral, las primeras medidas anunciadas abren un compás expectante. La suspensión de pagos relativos a la deuda externa, expresa uno de los reclamos quizás más compartidos. Habrá que ver el modo en que a partir de allí se opera la renegociación con los tenedores externos de bonos.

También se proclamó un voluminoso programa de "empleo" (en rigor, serían un millón de planes equivalentes al Trabajar). No puede menos que recordarse el millón de puestos de trabajo que en 1995 el ex presidente Menem anunció con el propósito de "pulverizar la desocupación", que no existió en los hechos y nos trajo a la situación actual en el mercado de trabajo. Adicionalmente, la supresión de los ministerios de Salud y de Educación, abre serios interrogantes sobre áreas clave en el marco de las políticas sociales. En particular acerca del destino previsto para la educación superior, seriamente afectada en los últimos tiempos. En cualquier caso, el punto crucial es si el mensaje popular, dirigido no sólo al gobierno renunciante, es tomado debidamente en cuenta por las distintas fuerzas políticas.

El pueblo en la calle puede ser decisivo para voltear un gobierno. Pero del espontaneísmo es difícil imaginar que surja uno que lo represente verdaderamente. El final es abierto.

Dinámica del empleo urbano.

Octubre de 2000 -octubre de 2001.

Ernesto Philipp

Los principales indicadores de los mercados de trabajo urbanos muestran, ahora con mayor intensidad, el deterioro producido por la prolongada recesión económica. La profundización del estancamiento y la crisis económica durante el último año se vio reflejada en el aumento de 3,6 puntos porcentuales (p.p.) de la Tasa de Desocupación. Esto se debió fundamentalmente porque la crisis produjo una profunda caída en la Tasa de Empleo (-2,0 p.p.), a pesar de que fue leve la baja sufrida en la Tasa de Actividad (-0,5 p.p.), probablemente a consecuencia del “efecto desaliento”. En un año 368.000 personas más pasaron a engrosar la masa de desocupados, fundamentalmente debido a la destrucción de 334.000 puestos de trabajo (aproximadamente 28.000 puestos de trabajo menos por mes). En octubre del 2001 se registraron más de 1.700.000

desocupados en los aglomerados relevados, todo un “record” para las mediciones de octubre. Al mismo tiempo la subocupación horaria continuó creciendo, 1,7 p.p., produciendo 167.000 subocupados más que en octubre del 2000. Así nos fue mostrado un panorama realmente desolador en los mercados de trabajo urbanos.

Gran Buenos Aires.

En el Gran Buenos Aires, la caída de la tasa de actividad no logró disminuir el impresionante aumento de la tasa de desocupación, que pasó del 14,7% del la PEA en octubre de 2000 al 19% en octubre de 2000, con un incremento de más de 4 p.p. (227.000 desocupados más en un año, es decir que en el Gran Buenos Aires se produjeron casi 19.000 desocupados más por mes). Producto de

26

Indicadores del Mercado de Trabajo
Gran Buenos Aires, Aglomerados del Interior y Total Urbano de la EPH
Relevamientos de Octubre de 2000 y Octubre de 2001

Tasas	Relevamientos		Diferencia	
	oct-00	oct-01	Octubre 2001-2000	
Total Urbano EPH				
Actividad	tasa	42,7	42,2	-0,5
	abs.	-9.398	-9.440	-42
Empleo	tasa	36,5	34,5	-2
	abs.	-8.037	-7.703	(-334)
Desocupación	tasa	14,7	18,3	3,6
	abs.	-1.361	-1.729	-368
Subocupación	tasa	14,6	16,3	1,7
	abs.	-1.379	-1.545	-167
Gran Buenos Aires				
Actividad	tasa	45,1	44,4	-0,7
	abs.	-5.411	-5.379	(-32)
Empleo	tasa	38,5	35,9	-2,6
	abs.	-4.616	-4.349	(-267)
Desocupación	tasa	14,7	19	4,3
	abs.	-795	-1.022	-227
Subocupación	tasa	14,5	16,5	2
	abs.	-785	-887	-103
Aglomerados del Interior del País				
Actividad	tasa	40	39	-0,4
	abs.	-3.987	-4.062	-75
Empleo	tasa	34,1	32,7	-1,4
	abs.	-3.421	-3.354	(-67)
Desocupación	tasa	14,6	17,4	2,8
	abs.	-566	-707	-141
Subocupación	tasa	14,9	16,2	1,3
	abs.	-594	-658	-64

Fuente: Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social - Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA, con base en datos de la EPH-INDEC y Secretaría de Política Económica.

una importantísima destrucción de puestos de trabajo (la tasa de empleo cayó 2,6 p.p., desapareciendo casi 267.000 puestos de trabajo en un año). Al mismo tiempo que la subocupación continuó creciendo (aumentando 2,0 p.p., 103.000 subocupados).

Aglomerados del Interior

En el resto de los aglomerados relevados por la EPH el comportamiento fue bastante similar, aunque menos brutal. La desocupación se incrementó 2,8 p.p., llegando al 17,4% de la PEA (un crecimiento de 141.000 desocupados anuales) con una caída de la tasa de empleo de 1,4 p.p. (destruyéndose más de 67.000 puestos de trabajo). El aumento de la desocupación no fue mayor debido a la baja de la tasa de actividad, probablemente producto del “efecto desaliento”.

Al mismo tiempo la subocupación horaria continuó aumentando.

En síntesis

En este último año claramente se observan los efectos de la prolongada crisis económica en los distintos mercados de trabajo. El impacto de la extensa recesión fue tremendo, registrándose uno de los niveles de desocupación más altos desde que se disponen registros y el más alto para una medición de octubre. Este panorama, sumado a la falta de perspectivas alentadoras en la economía (fuentes oficiales estiman una baja de aproximadamente 2 p.p. en el PBI para el 2002) sólo permiten tener pronósticos pesimistas para este año. Año en el cual se han puesto muchas expectativas y que, probablemente, estas se traduzcan en demandas crecientes de trabajo.

Las trayectorias del desempleo

Horacio Chitarroni¹

1. Introducción

Entre octubre de 1991 y octubre de 2000, la tasa de desocupación aumentó de poco más de 5% a 15% y la duración media del desempleo casi se duplicó (pasó de 3,6 meses a 6,6 meses) para los principales aglomerados urbanos relevados por la EPH. No obstante, el 90% de los desocupados en octubre de 2000 declaraban un desempleo no superior a un año y tres cuartas partes no habían permanecido desocupados más de 9 meses. Esto implicaría que la mayor parte de las personas que son expulsadas del mercado de trabajo y se mantienen activas² tienen una probabilidad relativamente alta de reinsertarse en una ocupación en el término de seis meses a un año.

Ocurre que, en ausencia de un seguro de desempleo extendido y de amplia cobertura – a la manera de lo que sucede en los países de Europa Central – los desempleados locales deben adecuar rápidamente sus exigencias a condiciones de trabajo crecientemente deficitarias. Ello hace que el desempleo se convierta en un mecanismo segmentador del mercado de trabajo en dos sentidos.

Primero, existe una conocida selectividad del desempleo, que ha sido reiteradamente señalada en la literatura (Beccaria: 1996; Cid y Paz: 2000): quienes mayor probabilidad tienen de perder sus empleos son, principalmente, quienes presentan una vinculación más débil y precaria con el mercado de trabajo. Segundo, quienes efectivamente atraviesan por un episodio de desempleo y luego se reinsertan en el mercado de trabajo lo hacen en condiciones más frágiles y precarias que en la ocupación anterior. De este modo, el desempleo produce una polarización y degradación creciente del mercado de trabajo: selecciona a quienes ocupan las posiciones menos favorables y los reinserta en posiciones aún más precarias. Este trabajo se propone aportar alguna evidencia empírica acerca de estas dos cuestiones.

2. Metodología y fuentes de información

La fuente de información aquí empleada es la EPH, que releva el INDEC en los principales aglomerados urbanos del país.

A fin de poder realizar un análisis de trayectorias ocupacionales (en particular las diferencias entre la última ocupación antes de incursionar en el desempleo y la nueva ocupación al reinsertarse en el mercado laboral) se utiliza un panel conformado por la agregación de cuatro grupos de hogares que permanecieron en la muestra durante cuatro ondas sucesivas, de modo que se hace posible el seguimiento durante un año y medio. Como es sabido, la muestra de la EPH se renueva por cuartos en cada onda, de manera tal que cada hogar permanece en ella durante cuatro ondas sucesivas. Por lo tanto, construyendo un panel tradicional mediante la agregación de cuatro ondas de la encuesta, sólo podría contarse con la cuarta parte de la muestra³. La alternativa para conservar un tamaño muestral suficiente ha consistido aquí en agregar cuatro grupos de hogares que permanecieron durante cuatro ondas (aunque esta permanencia no fue simultánea). El primer grupo ingresó en la onda de octubre de 1997 y permaneció hasta mayo de 1999. El segundo ingresó en mayo de 1998 y se mantuvo hasta octubre de 1999. El tercero comenzó en octubre de 1998 y abandonó la muestra en mayo de 2000. Y el último ingresó en mayo de 1999 y culminó su participación en octubre de 2000.

3. Los que pierden su empleo: características del puesto de trabajo

El cuadro 1 muestra algunas características seleccionadas de la última ocupación de quienes sufrieron un período de desempleo durante el lapso analizado, en comparación con los puestos de trabajo de la totalidad de los ocupados al ser relevados por primera vez.

Los primeros cuatro indicadores se refieren al modo de vinculación con el mercado de trabajo, más concretamente, a la relación con los medios de producción. El grado de salarización de quienes sufren algún episodio posterior de desempleo aparece algo menor que el de la totalidad de quienes estaban ocupados en la primera onda en que fueron

Cuadro 1.

Total de ocupados en la primera onda y ocupados en la primera onda que sufren algún episodio de desempleo intermedio y vuelven a insertarse en el mercado de trabajo: indicadores seleccionados de la ocupación en primera onda.

Indicadores seleccionados	Total de ocupados en la primera onda	Ocupados primera y última onda que sufren algún episodio de desempleo intermedio
% de asalariados sobre total	74,8	71,4
% de asalariados sin aporte jubilatorio (sobre total de asalariados)	42,6	67,7
% de asalariados en establecimientos de hasta cinco ocupados sobre total de asalariados	28,3	44,9
% de cuenta propia de baja calificación (operativa y no calificados) sobre total	17,6	20,1
% de ocupados no calificados sobre total	28,1	33,7
% de ocupados de calificación técnica y profesional sobre total	23,5	10,8
% de ocupaciones inestables (no permanentes) sobre total	15,8	36,2
% de subocupados visibles sobre total	16	24,7
% de sobreocupados (más de 45 horas semanales)	40,9	38,8
Horas promedio trabajadas en la semana	43,5	40,8
Promedio de ingreso horario de la ocupación	4	3,4
Promedio de ingreso mensual de la ocupación	632	404

Fuente: SIEMPRO, en base a EPH-INDEC (panel octubre'97/octubre'00)

relevados (71,4% y 74,8% respectivamente). Pero la diferencia cobra importancia si se tiene en cuenta la cobertura legal con que cuentan unos y otros: casi 68% de los posteriores desempleados no cuentan con aporte jubilatorio, vale decir se trata de asalariados precarios o no registrados, mientras que esa proporción no alcanza a 43% entre el total de quienes estaban ocupados. Resulta claro que la mayor parte de los asalariados precarios no cuentan, tampoco, con indemnización por despido, lo que explica fácilmente su mayor exposición al desempleo. Asimismo, casi 45% de los asalariados que luego pierden su empleo se desempeñaban en empresas de hasta cinco ocupados, lo que revela la mayor incidencia de la informalidad en este grupo: esta proporción apenas sobrepasaba el 28% entre los ocupados totales de la primera onda.

Si se tiene en cuenta la calificación de la tarea (una variable que brinda información tanto sobre atributos del trabajador como acerca de las características del puesto de trabajo que desempeña⁴), se advierte que un 20% de los desempleados posteriores son trabajadores por cuenta propia de calificación operativa o no calificados, lo que también resulta un indicador de

informalidad (esta proporción desciende levemente en el total de ocupados). Pero si se indaga la calificación sin distinción de categoría ocupacional –autónomos y asalariados– las diferencias se ensanchan: entre los que perderán su empleo hay casi 34% de no calificados y sólo 10% de trabajadores de calificación técnica y profesional. Estas proporciones son 28% y 23% entre el total de ocupados, respectivamente. Parece explicable que los puestos de trabajo de menor calificación resulten más inestables y quienes los ocupan estén más expuestos al desempleo: tanto por la facilidad de su reemplazo como por la mínima inversión en capacitación que requieren del empleador.

En cuanto a las condiciones de estabilidad del puesto de trabajo, entre quienes perderán su empleo un 36% declara que se trata de una ocupación no permanente (de carácter temporario, una changa o de duración desconocida), en tanto que sólo 16% de los ocupados totales tiene la misma percepción en cuanto al carácter provisional de su ocupación⁵.

Del mismo modo, la cuarta parte de los posteriores desempleados eran, al ser relevados por primera vez, subocupados visibles: trabajaban menos de 35 horas

semanales en forma involuntaria (la proporción de subocupados descendía a 16% en el total de ocupados), lo que constituye un indicador adicional de la debilidad de su vinculación con el mercado de trabajo. En cambio, es algo menor la proporción de los que se desempeñan en jornadas de más de 45 horas semanales, así como el promedio de horas trabajadas en la semana.

El último aspecto aquí considerado es la retribución recibida por el trabajo. Quienes habrían de perder su ocupación tenían un ingreso horario 15% inferior al de los ocupados totales. Si se considera el ingreso mensual, la diferencia se ensancha y alcanza a casi 36%, debido a la mayor incidencia del trabajo a tiempo parcial. Queda claro, pues, que opera un mecanismo selectivo del desempleo. La mayor exposición corresponde a los trabajadores informales y también están más expuestos quienes desempeñan tareas de menor calificación. Asimismo, la probabilidad de perder la ocupación es más elevada para quienes menos ganan.

4. El empleo después del desempleo: en retroceso

Quienes regresan al mercado de trabajo luego de un episodio de desempleo que ha durado no más

de dieciocho meses⁶ tienden a hacerlo en condiciones considerablemente más desfavorables que las iniciales. El cuadro 2 muestra algunas características seleccionadas del primer puesto de trabajo en comparación con el último. En la última columna del cuadro se indican las diferencias que resultan estadísticamente significativas⁷.

La salarización cae seis puntos porcentuales (de 71% a 65%): esto significa que de cada 10 personas que estaban ocupadas en relación de dependencia antes de perder su empleo, casi una no logra reinsertarse en el mercado de trabajo en condición de asalariado, debiendo recurrir al cuentapropismo como estrategia ocupacional. Es presumible que se trate de formas de cuentapropismo marginales y de ingresos bajos: tal presunción se fortalece si se observa que la proporción de trabajadores por cuenta propia de baja calificación (calificación operativa y no calificados) aumenta diez puntos porcentuales entre ambas mediciones⁸. Ha sido reiteradamente señalado el papel de refugio al desempleo que juega la ocupación por cuenta propia, de carácter predominantemente informal, en contextos donde no existe un seguro de desempleo generalizado (Roca y Moreno: 2000; Tokman: 2000).

Cuadro 2.

Ocupados en primera onda que sufren algún episodio de desempleo inter-medio y vuelven a insertarse en el mercado de trabajo: indicadores seleccionados de ambas ocupaciones.

Indicadores seleccionados	Primera onda	Última onda	Diferencia (1)
% de asalariados sobre total	71,4	65,4	-6***
% de cuenta propia de baja calificación (operativa y no calificados) sobre total	20,1	30,5	10,4***
% de asalariados sin aporte jubilatorio (sobre total de asalariados)	67,7	71,8	4,1
% de asalariados en establecimientos de hasta cinco ocupados sobre total de asalariados	44,9	46,7	1,8*
% de ocupados no calificados sobre total	33,7	35,6	1,9
% de ocupados de calificación técnica y profesional sobre total	10,8	9,4	-1,4***
% de ocupaciones inestables (no permanentes) sobre total	36,2	36,5	0,3
% de subocupados visibles sobre total	24,7	33,1	8,4***
% de sobreocupados (más de 45 horas semanales)	38,8	36,5	-2,3**
Horas promedio trabajadas en la semana	40,8	38,2	-2,6
Promedio de ingreso horario de la ocupación	3,4	2,9	-0,5
Promedio de ingreso mensual de la ocupación	404	353	-51***

(1): Las diferencias son las obtenidas con la muestra expandida. El cálculo de la prueba de significación se realizó con la muestra sin expandir.

*Significativa al 90%

**Significativa al 95%

***Significativa al 99%

Fuente: SIEMPRO, en base a EPH-INDEC (panel octubre'97/octubre'00)

Por otra parte, entre quienes permanecen en el mercado de trabajo ocupando, una posición asalariada, crece cuatro puntos porcentuales la proporción de los que no cuentan con aporte jubilatorio y, por lo tanto, de protección legal. Ello hace presumible que carecen, asimismo, de otros beneficios tales como cobertura de salud, indemnización por despido, aguinaldo, vacaciones o asignaciones familiares, lo que implica una clara fragilización de sus condiciones de inserción laboral. Adicionalmente, aumenta levemente la proporción de asalariados en empresas de no más de cinco ocupados⁹, lo que suele asociarse a la condición de informalidad (Tokman: 2000; Beccaria, Carpio y Orsatti: 2000).

Retomando la dimensión de la calificación de la tarea (atributo relacionado con las características del puesto de trabajo pero también con las destrezas de quien lo desempeña), se observa un leve incremento de dos puntos porcentuales en las posiciones no calificadas: ello sugiere que algunos trabajadores que poseen cierto tipo de calificaciones laborales (probablemente operativas o aún técnicas) se ven obligados a reinsertarse laboralmente desempeñando ocupaciones que no requieren ningún tipo de calificación, con la consiguiente subutilización de sus capacidades y – casi seguramente – con una pérdida en términos de remuneración. Adicionalmente, la proporción de quienes desempeñaban tareas de calificación técnica o profesional descende – aunque levemente – entre las dos mediciones¹⁰. La inestabilidad del puesto de trabajo es otro aspecto relacionado estrechamente con la debilidad de la inserción laboral. Ya se ha

visto (Cuadro 4) que entre quienes se vieron expuestos a un episodio de desempleo la proporción de trabajadores que se declaraban inestables casi duplicaba a la registrada entre el total de ocupados relevados en la primera onda. Esta proporción (que alcanza a más de un tercio del total) prácticamente se mantiene inalterable entre quienes consiguen una nueva ocupación.

En cambio, aumenta perceptiblemente la proporción de subocupados (ocho puntos porcentuales). Antes del episodio de desempleo la cuarta parte de estos ocupados se desempeñaba involuntariamente a tiempo parcial¹¹, mientras que el reinsertarse en el mercado de trabajo tal proporción excedía el tercio¹². Inversamente, el porcentaje de trabajadores que se desempeña en una jornada de extensión superior a la considerada “normal”¹³ disminuye levemente¹⁴, así como también se reduce el promedio de horas trabajadas en la semana. Sin duda, “el empleo luego del desempleo” se asocia a la subocupación horaria.

Finalmente, corresponde prestar atención a los ingresos obtenidos con la nueva inserción laboral: el ingreso horario de la ocupación disminuye muy tenuemente, pero en cambio la reducción es más sensible si se considera el ingreso mensual: la nueva ocupación reporta un ingreso promedio 13% inferior al que se obtenía antes de transitar por el desempleo¹⁵, reducción en gran medida imputable a la disminución horaria del tiempo de trabajo.

Notas

- 1 Lic. En Sociología, Profesor titular de Metodología de la Investigación y profesor asociado de Estadística y Técnicas de Computación – Facultad de Ciencias Sociales – Universidad del Salvador, Consultor de SIEMPRO (Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales). Correo electrónico: hchitarroni@siempro.gov.ar, teléfono: 4611-6174.
- 2 Aproximadamente el 97% de las personas que aparecen ocupadas en una onda de EPH continúan siendo económicamente activas en la onda siguiente, ya sea porque permanecen ocupadas o porque se encuentran buscando una ocupación.
- 3 En rigor, menos de la cuarta parte si se consideran las pérdidas por atrición.
- 4 Es usual que en épocas de alto desempleo se produzcan fenómenos de sobrequalificación: los empleadores pueden optar – a igualdad de costos salariales – por trabajadores de mayores calificaciones que las realmente requeridas para la tarea, porque estos resultan más flexibles y adaptables a tareas de mayor exigencia en caso necesario.
- 5 En general, se considera que esta pregunta subregistra las ocupaciones inestables. Sin embargo, la magnitud de la diferencia es, de por sí, reveladora.
- 6 La determinación de la duración real del lapso de desempleo es dificultosa: si bien en cada onda, quien está desocupado, declara la cantidad de meses que ha permanecido en tal situación, las respuestas a esta pregunta han revelado poca consistencia. No obstante, la duración media del desempleo de quienes aparecían desocupados en la segunda onda era de 3,6 meses, mientras que en la tercera onda alcanzaba a 3,4 meses. Si se considera a quienes declararon estar desocupados en dos relevamientos sucesivos (segundo y tercero), la duración media del desempleo aumenta a 4,1 meses, lo que implicaría que han tenido ocupaciones intermitentes. En el primer caso, 85% declaraba no exceder de cuatro meses de desocupación y en el segundo la misma proporción no sobrepasaba los siete meses.
- 7 Se utilizó la prueba t para diferencias de medias o proporciones de muestras apareadas.
- 8 Ambas diferencias son estadísticamente significativas con probabilidad mayor a 99%.
- 9 La diferencia es estadísticamente significativa con probabilidad de 90%.
- 10 La diferencia es estadísticamente significativa con probabilidad mayor a 99%.
- 11 Menos de 35 horas semanales.
- 12 La diferencia es estadísticamente significativa con probabilidad mayor a 99%.
- 13 Más de 45 horas semanales.
- 14 Diferencia estadísticamente significativa con probabilidad mayor a 95%.
- 15 La diferencia es estadísticamente significativa con probabilidad mayor a 99%.

Bibliografía

Beccaria, Luis y López, Nestor, "Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano", en Beccaria y López (Comp.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Unicef/Losada, Buenos Aires, 1996.

32 Beccaria, Luis, Carpio, Jorge y Orsatti, Alvaro, "Argentina: informalidad laboral en el nuevo modelo económico" en Carpio, Jorge, Klein, Emilio y Novakovsky, Irena (Comp.), *Informalidad y Exclusión Social*, Fondo de Cultura Económica, SIEMPRO, OIT, Buenos Aires, 2000.

Cid, Juan Carlos y Paz, Jorge, "El tránsito por el desempleo en la Argentina. Determinantes y consecuencias sobre el empleo", paper presentado en la Reunión Anual de la Sociedad Argentina de Economía Política, Buenos Aires, noviembre de 2000.

Roca, Emilia y Moreno, Martín, "El trabajo no registrado y la exclusión de la seguridad social", en Carpio, Jorge, Klein, Emilio y Novakovsky, Irena (Comp.), *Informalidad y Exclusión Social*, Fondo de Cultura Económica, SIEMPRO, OIT, Buenos Aires, 2000.

Tokman, Victor, "El sector informal posreforma económica", en Carpio, Jorge, Klein, Emilio y Novakovsky, Irena (Comp.), *Informalidad y Exclusión Social*, Fondo de Cultura Económica, SIEMPRO, OIT, Buenos Aires, 2000.

Laboratorio

Orientaciones para los colaboradores

Laboratorio, informe de coyuntura laboral, está interesado en publicar artículos sobre temas de coyuntura económico-laboral, desigualdad social, calidad del empleo de nuestro país cuyo principal objetivo sea aportar –desde diferentes perspectivas- datos de la realidad, elementos de información y resultados de investigación que ayuden a hacer más comprensible la problemática social de nuestro tiempo.

Con el objeto de facilitar la publicación de los trabajos, se indican las orientaciones generales para su presentación.

- *Los trabajos deben ser inéditos.*
- *El envío de un artículo supone por parte del/los autor/es el compromiso de no someterlo simultáneamente a la consideración de otras publicaciones, o bien de poner este hecho en conocimiento del Comité Editorial.*
- *La evaluación por parte del Comité Editorial es de carácter anónimo y no puede ser recurrida o apelada ante ninguna instancia de evaluación.*
- *Los trabajos deben enviarse con un resumen de no más de cinco líneas. Además deben consignarse nombre/s y, en caso de no ser argentino/s, nacionalidad/es y una línea con la inserción profesional y/o académica del/los autor/es.*
- *La extensión de los trabajos no debe exceder las seis (6) páginas, a razón de 3.200 caracteres por página, incluidos los espacios.*
- *Los trabajos deben presentarse en papel y en soporte electrónico, que podrá ser disquete o correo electrónico (laboratorio@yahoo.com), en procesador de texto (Word o similar). Los cuadros y gráficos deben enviarse además en forma separada, con todos los datos en el original (no con fórmulas o referencias a otras planillas), en planilla de cálculo (Excel o similar). En todos los casos debe especificarse el nombre del archivo, el procesador y la planilla de cálculo utilizados.*
- *La bibliografía debe consignarse con exactitud: apellido y nombre del/los autor/es; título completo y subtítulo, cuando corresponda; editor; ciudad; mes y año de publicación. Si se trata de una publicación periódica, indicar número y fecha de aparición.*
- *El Comité Editorial se reserva el derecho de efectuar los cambios **formales** que requieren los artículos, incluyendo los títulos, **previa consulta con el autor**. En caso de que los cambios excedan lo formal, el artículo será remitido nuevamente al/los autor/es para que hagan personalmente las correcciones sugeridas.*
- *Los autores tienen derecho a 3 (tres) ejemplares del número de **Laboratorio** en que aparezca publicado su artículo. Pudiendo solicitar ejemplares adicionales, que les serán entregados en la medida de lo posible.*



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
SIMEL, REGIÓN BUENOS AIRES
CARRERA DE SOCIOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI
